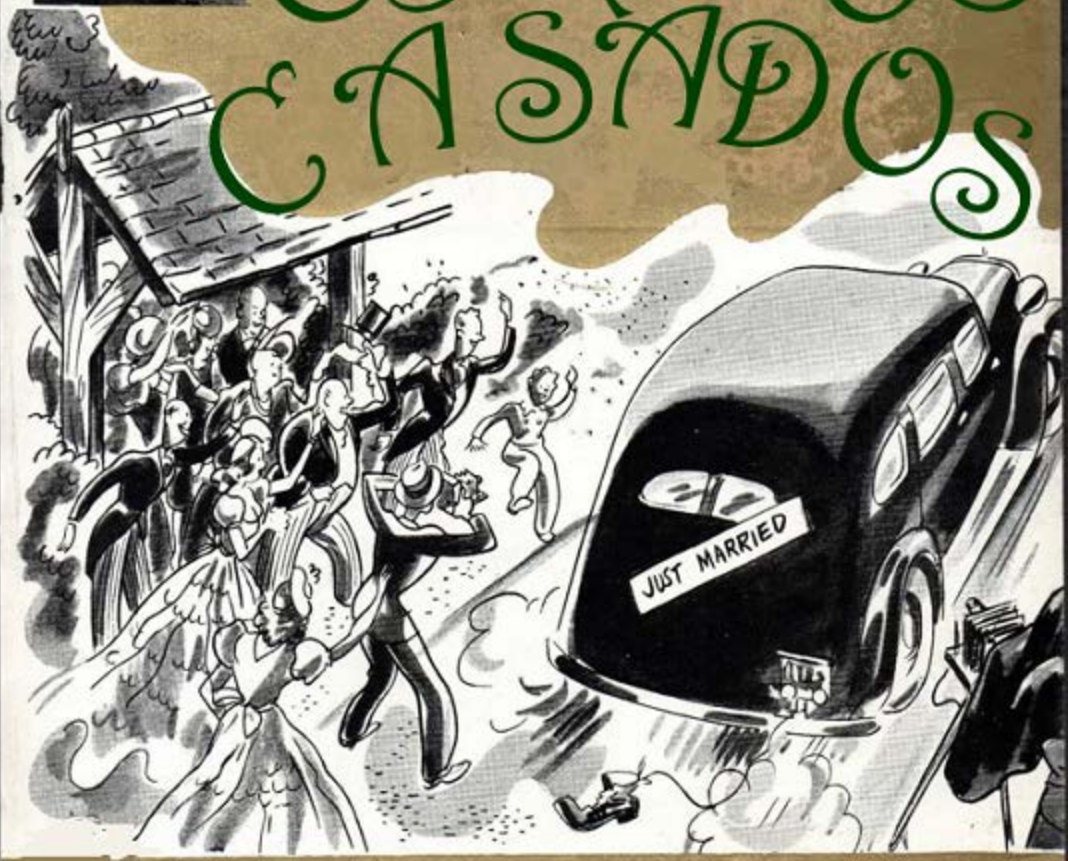
J. B. Priestley

CUANDO ESTAMOS CASADOS



J. B. PRIESTLEY

CUANDO ESTAMOS CASADOS

(WHEN WE ARE MARRIED)
COMEDIA SATIRICA DE YORKSHIRE

★

Traducción del inglés por
JUAN GARCÍA-PUENTE

AGUILAR

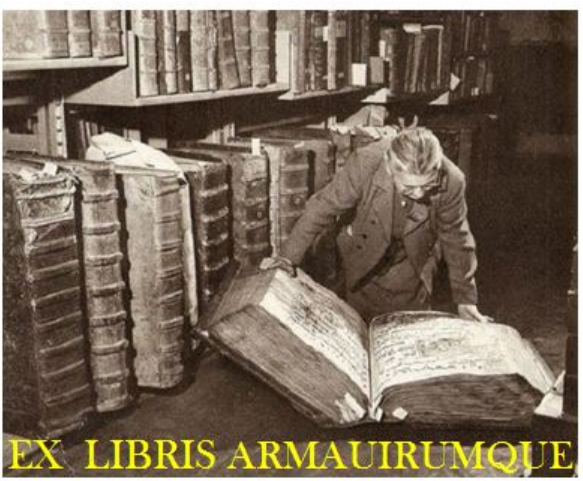
J. B. Priestley

CUANDO ESTAMOS CASADOS

(WHEN WE ARE MARRIED)

COMEDIA SATIRICA DE YORKSHIRE

Traducción de
JUAN GARCIA-PUENTE



CUANDO ESTAMOS CASADOS. *Estrenada en el St. Martin's Theatre, en octubre de 1938, y transferida al Prince's Theatre a finales de marzo de 1939. Desde entonces ha gozado de gran popularidad. Disfruté mucho escribiendo esta comedia libremente jocosa, porque me regocijó mucho el recuerdo y la utilización de diversos aspectos de la vida y las costumbres imperantes en West Riding, que yo conocí en mis tiempos de muchacho. La trama es anodina, pero los caracteres, sus actitudes y su manera de hablar son absolutamente genuinos. Basil Dean, que, en mi opinión, posee un gran instinto para esta clase de comedias, hizo una magnífica presentación y un atinado reparto de la obra. Al comienzo de las representaciones, tuve que hacerme cargo, en un plazo de veinticuatro horas, del papel de Henry Ormonroyd, el fotógrafo embriagado, y de esta guisa me convertí en actor, por así decir, cosa de la que siempre me he vanagloriado a partir de entonces.*

Esta obra fue estrenada el 11 de octubre de 1938, en el St. Martin's Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición en escena:

RUBY BIRTLE	Patricia Hayes.
GERALD FORBES	Richard Warner.
NANCY HOLMES	Betty Fleetwood.
HELLIWELL	Lloyd Pearson.
MISTRESS HELLIWELL	Muriel George.
PARKER	Raymond Huntley.
MISTRESS PARKER	Helena Pickard.
SOPPITT	Ernest Butcher.
MISTRESS SOPPITT	Ethel Coleridge.
MISTRESS NORTHROP	Beatrice Varley.
FRED DYSON	Alexander Grandison.
HENRY ORMONROYD	Frank Pettingell.
LOTTIE GRADY	Mai Bacon.
REVERENDO CLEMENT MERCER	Norman Wooland.

Presentada por BASIL DEAN.

Sala de estar en casa del regidor Helliwell, en Cleckleywyke, población del West Riding, en un anochecer de septiembre, hace unos treinta años.

ACTO PRIMERO

Sala de estar en casa de Helliwell, una sólida y aislada construcción del último período victoriano. En la pared de la izquierda (izquierda del actor), hay una ventana. En la pared del fondo, ligeramente a la izquierda del centro, una puerta que da acceso al resto de la casa y conduce directamente al vestíbulo. En la pared de la derecha, se ve un pequeño invernadero, con puerta que da acceso al mismo y de allí, al jardín. El cuarto está amueblado sin gusto, al estilo de hace unos treinta años. Hay un piano vertical. Pequeños aparadores, gavetas, mesitas, etc.

Al levantarse el telón, se filtra por la ventana el crepúsculo vespertino. No hay nadie en escena. Se oye sonar el timbre de la puerta. Un momento después, RUBY BIRTLE introduce en la estancia a GERALD FORBES. RUBY es una criadita muy joven de la época, que parece haberse peinado «hacia arriba» por primera vez. Forbes es un joven agradable, vestido con el más elegante atuendo de la época, quien, a diferencia de Ruby y de la mayoría de los otros personajes, no habla con el marcado y característico acento de West Riding.

RUBY.—Tendrá usted que esperar, porque no han terminado de cenar.

GERALD.—Tardan un poco, ¿no le parece?

RUBY.—*(Acercándose a él y hablando confidencialmente.)* Están de jarana.

GERALD.—¿Están de qué?

RUBY.—De jarana. Tiene invitados, ¿sabe?

GERALD.—¡Ah!..., ya comprendo. Es una especie de fiesta y lo están celebrando.

RUBY.—*(Aproximándose aún más.)* Cochinillo asado, salmón, ensalada, dulce de bizcocho borracho, dos clases de compota, tartas de queso con limón, tartas de jalea, pastaflora, tortas de nueces, chocolate y una libra de pastelillos que quedaron de Nochebuena.

GERALD.—*(Con ironía.)* ¿Es eso todo?

RUBY.—*(Muy seria.)* No. Además, hay pan blanco, pan moreno, pastas de pasas de Corinto, una de esas enormes tartas de cuajada que hacen en Gregory's y gran cantidad de quesos.

GERALD.—Realmente están de jarana, ¿no se dice así?

RUBY.—*(Después de asentir con un movimiento de cabeza, en tono extremadamente confidencial.)* Y una «jarrita dorada».

GERALD.—*(Atónito.)* ¿Una «jarrita dorada»?

RUBY.—*(En el mismo tono confidencial.)* ¿No sabe lo que es?

(Ríe.) Bueno, yo tampoco lo sabía. Una «jarrita dorada» es una gota de ron en el té. Y no se les da mal. *(Con desparpajo.)* Pero usted no es de por aquí, ¿verdad?

GERALD.—*(Que no tiene ganas de charlar.)* No. *(Suena un timbre distante, no el de la puerta de la calle.)*

RUBY.—Yo soy de cerca de Rotherham. Mi padre trabaja en una mina, y también nuestro Frank y nuestro Wilfred. *(Vuelve a sonar el lejano timbre.)*

GERALD.—Está sonando un timbre en alguna parte.

RUBY.—*(Tranquilamente.)* Ya lo sé. Es para mí. Pero que espere. Me ha traído todo el día con la lengua fuera. Y mistress Northrop está en la cocina; puede ir ella y así cambian un poco. Hay siete personas en el comedor: el corregidor Helliwell y su mujer, naturalmente; luego están el consejero Albert Parker y mistress Parker, míster Herbert Soppitt y mistress Soppitt, y, claro, miss Holmes.

GERALD.—¡Ah!..., ¿está aquí miss Holmes?

RUBY.—Sí, pero ha dejado de comer. *(Suelta una risita. Con desparpajo.)* Usted le hace la corte, ¿verdad?

GERALD.—*(Atónito y alarmado.)* ¿Cómo?

RUBY.—*(Tranquilamente.)* ¡Oh!..., los he visto a los dos..., la otra noche, cerca de Cleckley Woods. Yo también estaba por allí con el hijo de nuestro lechero. (GERALD *se aparta de ella.)* No se ponga así, que no pienso decir nada a nadie.

GERALD.—*(Saca un chelín del bolsillo y dice con cierta desesperación.)* Vamos a ver... Escuche... ¿Cómo se llama?

RUBY.—Ruby Birtle.

GERALD.—Bueno, Ruby, a usted no le gustaría que miss Holmes tuviese un disgusto con tu tía y su tío, ¿verdad?

RUBY.—No, no me gustaría. Pero sí me gustaría ese chelín.

GERALD.—*(Después de dárselo.)* ¿Ha dicho usted que miss Holmes ha dejado de comer?

RUBY.—Sí. No puede embucharse como otros. Al consejero Albert Parker, por ejemplo, prefiero tenerle una semana a quince días. ¿Quiere usted verla?

GERALD.—Sí. ¿Podría advertirle con disimulo de mi presencia aquí? Es decir, siempre que los demás no vayan a venir aquí todavía...

RUBY.—¡Ni hablar! Cualquiera diría que no han comido desde hace un mes. ¡Qué manera de devorar! Se lo diré a la *miss*. Será mejor que venga por ahí, por el invernadero... *(Antes que pueda iniciar el mutis,* MISTRESS NORTHROP, *mujer agresiva, pero humorística, de unos cincuenta años, criada de la casa, asoma la cabeza por la puerta.)*

MISTRESS NORTHROP.—*(Agresivamente.)* ¡Ah..., conque estás aquí!

RUBY.—*(Tranquilamente.)* Justo, mistress Northrop.

MISTRESS NORTHROP.—*(Agresiva.)* No veo nada justo en ello. Aquí de cháchara como si fueses la dueña de la casa, en lugar de estar haciendo tu trabajo. Te han llamado dos veces, y acabo de

llevarles más agua caliente. ¡Vamos, tarambana! *(Mantiene la puerta abierta.* RUBY *se dirige hacia ella, se vuelve sonriendo y hace mutis.)*

MISTRESS NORTHROP.—¿No es usted el organista de la capilla?

GERALD.—Sí.

MISTRESS NORTHROP.—*(Animándose.)* ¡Ah!, bueno, pues le han atrapado.

GERALD.—*(Asombrado.)* ¿Cómo lo sabe?

MISTRESS NORTHROP.—Porque se lo he oído decir. *(Con complacencia.)* No se me escapan muchas cosas.

GERALD.—Entonces, por eso me pidió míster Helliwell que viniese a verle...

MISTRESS NORTHROP.—Justo. Esta noche están aquí tres de los personajes más importantes de la capilla. Me figuro que ha estado divirtiéndose más de lo debido, jovencito.

GERALD.—Así, pues, se trata de eso, ¿no?

MISTRESS NORTHROP.—*(Con aire extremadamente confidencial.)* Sí..., ¿y sabe usted cuál es mi opinión? Pues..., ¡que se vayan al infierno! *(Sale, dejando a* GERALD *un tanto preocupado. Se mueve inquieto de un lado para otro; extrae maquinalmente del bolsillo una pitillera, luego vuelve a guardársela. No deja de dirigir frecuentes miradas a la puerta que da acceso al invernadero. Al cabo de unos momentos,* NANCY HOLMES, *atractiva muchacha de veintitantos años, entra apresuradamente por esa puerta.)*

NANCY.—*(Susurra jadeante.)* ¡Gerald!

GERALD.—¡Nancy! *(Avanza con intención de besarla.)*

NANCY.—*(Sin aliento.)* No; aquí no, Gerald..., por favor... *(Sin embargo, él la besa y no sucede nada.)* Escucha, Gerald, sé prudente. La cuestión es grave. ¿Sabes por qué te ha hecho venir tío Joe?

GERALD.—*(Sonriendo levemente.)* Porque me han «atrapado». Me lo acaban de decir.

NANCY.—Es importante, Gerald. Han estado refunfuñando respecto a ti desde hace algún tiempo, y ahora, por lo que he podido colegir, uno de esos miserables brutos te vio una noche, a hora avanzada..., conmigo...

GERALD.—*(Repentinamente serio.)* ¡Oh! Pero..., no te reconocería, ¿verdad?

NANCY.—No; pero a ti, sí.

GERALD.—Bueno, la cosa no está tan mal, puesto que no pueden complicarte a ti. Sé lo estricta que es tu tía, y no puedes disputar con ellos mientras no lo tengamos todo preparado para casarnos...

NANCY.—*(Seriamente.)* Tienes razón, Gerald. Pero tú tampoco debes disputar con ellos. Se van a mostrar muy enfadados contigo, y tendrás que medir mucho tus palabras. Está aquí también ese bruto del consejero Parker, y ese hombre te es muy antipático, ¿verdad?

GERALD.—Mucho. Y ahora que está ahíto de cochinillo asado

y de dulce de bizcocho borracho, más que nunca. Me parece que será mejor darles tiempo para que se recuperen de esa orgía que están celebrando.

NANCY.—Sí, es lo más prudente. Aunque ya casi han terminado.

GERALD.—Si desaparezco de aquí durante media hora o así, ¿podrías escabullirte tú también?

NANCY.—Sí. Realmente, no me necesitan. Les estorbo. Ya sabes, se trata de celebrar un aniversario en el cual nada tengo que ver.

GERALD.—¿Qué celebran? *(Antes que* NANCY *pueda contestar,* RUBY *abre la puerta y anuncia.)*

RUBY.—Dos hombres del «Yorkshire Argus». (GERALD *se levanta y se acerca a la derecha del proscenio.* NANCY *se dirige a la puerta. Entran* FRED DYSON, *joven reportero, simpático y bastante descarado, y* HENRY ORMONROYD, *que lleva una voluminosa y anticuada cámara fotográfica de reportero gráfico y un aparato de magnesio.* ORMONROYD *es hombre de edad mediana, con aire de digno bebedor de cerveza y largos bigotes caídos.* DYSON *avanza al encuentro de* NANCY *y* RUBY *dice:)* Esta es miss Holmes, sobrina del regidor Helliwell. Los otros están comiendo todavía. *(Vase* RUBY.)

DYSON.—*(Con animación.)* Buenas tardes, miss Holmes. *(A* GERALD.) ¿Cómo está usted? Les presento a Henry Ormonroyd, nuestro fotógrafo.

ORMONROYD.—*(Inclinándose.)* Encantado de conocerlos. Espléndido tiempo el que estamos disfrutando para encontrarnos en esta estación del año...

GERALD.—¿Verdad que sí?

ORMONROYD.—*(Profundamente.)* Desde luego.

DYSON.—Parece que hemos venido un poco prematuramente.

NANCY.—Me temo que sí...

ORMONROYD.—*(Con acento de digno reproche.)* ¿Qué te dije, Fred? Siempre atropellando las cosas. Podríamos haber tomado un par de vasos más con mi amigo del «Lion». Es un muchacho que tenía un pequeño establecimiento de bebidas en Central Pier, Blackpool, cuando yo tenía mi estudio allí. Viejos tiempos aquellos, *míster*..., ¡y felices, muy felices...!, ejem...

DYSON.—*(Con vivacidad.)* Muy bien, Henry. Lamento haber venido demasiado pronto. Si he de decir la verdad, todavía no sé muy bien de qué se trata. Recibí un mensaje de la oficina diciéndome que viniese aquí y trajese conmigo a un fotógrafo.

NANCY.—Pues se trata de que están celebrando sus bodas de plata.

DYSON.—Henry, son las bodas de plata del regidor Helliwell.

ORMONROYD.—Supongo que lo estarán celebrando bien.

NANCY.—Sí, pero no solo lo celebran mís tíos. Hay tres parejas: la formada por mis tíos, la de míster y mistress Soppitt, la de míster y mistress Parker...

DYSON.—¿Es el consejero Albert Parker?

NANCY.—*(Haciendo una pequeña mueca.)* Sí. ¿Le conoce?

DYSON.—*(Sombrío.)* Sí, le conocemos muy bien.

ORMONROYD.—Cada vez que abre la boca en el Ayuntamiento, mete la pata. Por eso le llaman «el consejero Glosopeda». ¡Ja, ja! ¿Están aquí las tres felices parejas?

NANCY.—Sí, porque se casaron todos la misma mañana en la misma capilla. Conservan una fotografía del acontecimiento..., un grupo de boda. *(Va a buscarla. Está encima del piano.)*

GERALD.—Tendrá que entrevistarse con ellos, y ellos mismos le dirán lo felices que han sido...

DYSON.—¡Oh, claro, claro! Ahora comprendo la idea.

NANCY.—*(Vuelve con la vieja fotografía.)* Aquí la tienen. Los seis en la mañana de su boda. ¿No están ridículos con esos trajes?

ORMONROYD.—*(Solemne.)* Para usted..., sí. Para mí..., no. Yo también me casé por aquella época. *(Sostiene la fotografía con el brazo extendido.)* Mira, Fred, lo que necesitamos es otro grupo en el que las personas ocupen exactamente la misma posición. Veinticinco años después... Magnífico.

DYSON.—Tienes la fotografía boca abajo.

ORMONROYD.—Ya lo sé, muchacho, ya lo sé. Así es como las miramos profesionalmente. O las moscas lo han estropeado, o alguien ha retocado a Albert Parker con un destornillador. Bueno, si hemos venido demasiado temprano, la cosa tiene remedio. Podríamos ir al «Lion» a echar un traguito, ¿eh, Fred? (ORMONROYD *coge la cámara de lo alto del canapé, a la izquierda.)*

DYSON.—Volveremos dentro de una hora aproximadamente.

ORMONROYD.—Tienen muy buena cerveza ahora en el «Lion». *(Vanse* DYSON *y* ORMONROYD, *acompañándoles* NANCY *hasta la puerta y cerrándola a sus espaldas.* GERALD, *evidentemente interesado y divertido, contempla la fotografía y después examina el reverso de la misma.)*

GERALD.—Así, pues, se casaron el cinco de septiembre del ochenta y tres, ¿no es eso?

NANCY.—Sí... ¿Por qué? ¿Qué ocurre, Gerald? (GERALD *ha empezado a reír.)* Gerald, ¿qué sucede? Oh... no seas así. No tardarán en venir ni un minuto. *(Mientras él deniega con la cabeza, todavía riendo ahogadamente, se oyen voces al otro lado de la puerta que da al vestíbulo.)*

GERALD.—Ya vienen. Nancy, escabullámonos por allí. *(Deja la fotografía encima de la mesa que hay detrás del canapé, a la derecha, coge su sombrero de paja, mientras ella se acerca a la puerta del invernadero, y ambos salen apresuradamente por allí, cerrando la puerta tras de sí. Las voces que se oyen al otro lado de la puerta que da al vestíbulo se acercan ahora más, y en seguida aparecen los* PARKER, *los* SOPPITT *y los* HELLIWELL. *Están todos vestidos con sus mejores galas y se hallan evidentemente ahítos.* ALBERT PARKER *es un hombre alto, delgado, presuntuoso y sentencioso; su esposa* ANNE *es lo que pudiéramos llamar una mujer prometedora.* HERBERT SOPPITT *es hombre menudo y pulido, claramente dominado por su esposa* CLARA, *mujer estrepitosa. Los* HELLIWELL *son subidos de color, más bien robustos, más bien pompo-*

sos, muy pagados de sí mismos. La edad de todos ellos oscila entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años. HERBERT SOPPITT *y* MISTRESS PARKER *hablan un inglés suave y corriente. Los otros cuatro lo hablan con acento pronunciadamente norteño, abriendo mucho las «aes» en particular.)*

HELLIWELL.—*(En su papel de anfitrión consciente.)* Lo que necesitamos ahora es un buen cigarro, y os lo voy a proporcionar en seguida. *(Coge una caja de cigarros puros de una gaveta o de una mesa.)*

MARÍA.—*(Indignada.)* ¡Esa mistress Northrop! Cuando haya terminado de fregar los platos esta noche, se marcha... y se marcha por las buenas.

CLARA.—¡Eso está muy bien! Todas son iguales. Respondonas... En cuanto una dice algo, ya están replicando.

MARÍA.—El problema con ella es que le gusta beber. Ya me había dado cuenta de ello antes de hoy. (CLARA *se sienta a la izquierda del canapé.* MARÍA *lo hace en un rincón del mismo.* ANNIE *se deja caer a la derecha del sofá.)*

HELLIWELL.—*(Ofreciendo la caja de puros a* PARKER.) ¡Vamos, Albert! Te gustará; es un buen cigarro, marca La Corona.

PARKER.—*(Cogiendo uno.)* Gracias, Joe. Ya sabes que no fumo mucho, pero cuando lo hago, me gusta un buen cigarro.

HELLIWELL.—*(Ofreciendo la caja a* SOPPITT.) ¿Quieres, Herbert?

SOPPITT.—Me parece que..., ejem..., que no me apetece... Gracias, Joe.

MARÍA.—*(Expansivamente.)* Vamos, Herbert, coge uno de esos cigarros de Joe.

CLARA.—Si hubiese tenido que pagarlo, le habría apetecido fumarse uno.

SOPPITT.—*(Un poco nervioso.)* No, no..., prefiero no fumar ahora... Creo que he comido demasiado.

ANNIE.—*(Para hacerle compañía.)* Yo también he comido con exceso.

PARKER.—*(Severo.)* Eso es. Y antes que la noche avance mucho, empezarás a quejarte.

CLARA.—Lo mismo le pasará a Herbert.

PARKER.—*(Con satisfacción.)* Eso es algo que jamás me ocurre a mí.

HELLIWELL.—En efecto, ya nos hemos percatado de ello, Albert.

PARKER.—*(Ofendido.)* ¿Qué quieres decir?

MARÍA.—Adelante, Albert; ya sabes cómo es Joe... Siempre tiene que gastar alguna de sus bromitas.

ANNIE.—Lo que sé es que tenía que haberlo dejado mucho antes de lo que lo hice... Me refiero a la cena... Pero, María, ¡estaba todo tan rico!

CLARA.—Eso, eso.

MARÍA.—*(Aceptando este tributo con complacencia.)* Bueno, yo le dije a Joe: «Mira, Joe, solo vamos a estar los seis, pero vamos

a celebrar como es debido la ocasión.» Eso fue lo que le dije. ¿Verdad, Joe?

HELLIWELL.—*(Muy ocupado con su cigarro, aunque no le ha quitado la vitola.)* ¿Sí?

MARÍA.—*(Indignada.)* Sabes muy bien que sí.

HELLIWELL.—*(Sigue sin mostrar el menor interés.)* Está bien; entonces lo dijiste

MARÍA.—*(Con el misto tono indignado.)* Sabes perfectamente que lo dije, Joe Helliwell.

HELLIWELL.—*(Repentinamente enfadado también él.)* Está bien, está bien, está bien. Lo dijiste.

CLARA.—*(Dando unas palmaditas en la mano a* MARÍA.) Todos son iguales. Esperan a que haya alguien con una y entonces tratan de dejarla por embustera.

PARKER.—*(Con severidad.)* ¡Habla por ti misma! Yo no trato de dejar por embustera a mi esposa, ¿verdad, Annie?

ANNIE.—*(Con cierta timidez, titubeando.)* Pues... no..., Albert..., realmente no.

PARKER.—*(Extremadamente severo.)* ¿Qué quiere decir eso de «realmente no»? No lo hago, y eso es todo. *(Cambiando de tema, en actitud un tanto señorial.)* Excelente cigarro, Joe, excelente cigarro. Me recuerda aquel cigarro que no hace mucho me dio en el club sir Harold Watson. Me hallaba yo de pie cerca de la chimenea, cuando se me acercó sir Harold...

ANNIE.—*(Hace acopio de valor para interrumpirle.)* Pero, Albert, ya se lo has contado antes...

PARKER.—*(Inflamándose.)* Supongo que podré contarlo otra vez, ¿no?

SOPPITT.—María, ¿conservas aquella vieja fotografía que nos hicimos? No he encontrado la nuestra.

MARÍA.—Sí. ¿Dónde está, Joe? *(Mientras él busca a su alrededor.)* ¡Ay! ¡Cuántas veces me río al pensar en aquella mañana...! Tan nerviosos como estábamos los seis...

HELLIWELL.—Y el pastor estaba más nervioso todavía. No abultaba un comino, y yo mismo le podía haber cedido algunos años.

CLARA.—Yo creo que éramos los primeros a quienes casaba.

ANNIE.—Estoy segura de ello. Yo tenía la impresión de no haber sido casada como es debido...

PARKER.—*(Con severidad.)* Pues claro que te casaste como es debido. No te habrías casado mejor si hubiese tenido noventa años y lo hubiera estado haciendo toda su vida.

MARÍA.—A mí se me ha olvidado su nombre. Ocupaba el puesto de manera provisional, ¿no?

SOPPITT.—¡Ahora recuerdo! *(Pausa.)* Era un árbol Beech (1).

HELLIWELL.—Eso es... Beech... Bizcaba los ojos de manera muy graciosa. *(Ha encontrado la fotografía.)* Aquí está la vieja foto. *(Se la entrega a su esposa y las* MISTRESS *se agrupan para contem-*

(1) Haya, en inglés. *(N. del T.)*

plarla, lanzando exclamaciones, mientras los hombres permanecen apartados.)

PARKER.—*(En plan de hombre de negocios.)* Ya he visto que han vuelto a bajar las Crossbred.

HELLIWELL.—*(Otro hombre de negocios.)* Sí..., y seguirán en baja mientras no cambie el mercado australiano. Si no lo he dicho mil veces, no lo he dicho ninguna: si Merinos bajan y permanecen en baja, entonces tienen que seguirlas forzosamente las Crossbred. Ahora bien: fijaos en Merinos...

MARÍA.—*(Levanta la cabeza para reconvenir a su marido.)* Vamos, Joe, no hemos venido aquí para hablar de Merinos. Esto no es la Bolsa. Echad una miradita aquí y veréis con quiénes cargamos. (HELLIWELL *no le hace caso.* MARÍA *deja la fotografía en la mesa que hay detrás del canapé.)*

HELLIWELL.—Esperad un minuto. ¡Los brindis!

MARÍA.—Eso está bien, Joe. Llama. (HELLIWELL *pulsa un timbre.* MARÍA *se vuelve a los otros.)* Hemos de hacerlo como es debido, y brindar por nuestra salud antes de pasar a otra cosa.

SOPPITT.—*(Forzando una broma.)* ¿A otra cosa...? ¿Qué cosa?

CLARA.—*(Severa.)* Basta, Herbert. Una broma discreta está bien, pero tú te pasas de la raya.

SOPPITT—Yo no quería...

CLARA—*(Interrumpiéndole.)* Basta, he dicho. *(Se asoma* MISTRESS NORTHROP.)

MISTRESS NORTHROP.—*(Agresiva.)* ¿Qué?

MARÍA.—*(Con cierta majestuosidad.)* Hay una bandeja con vasos... Tráigala...

MISTRESS NORTHROP.—*(Indignada.)* ¿Quién..., yo? ¿Cuántos pares de manos...?

HELLIWELL.—*(Perentorio.)* ¡Basta! Dígale a Ruby que traiga el vino de Oporto.

MISTRESS NORTHROP.—¡Cómo!... ¿Después del té? La van a hacer buena... *(Vase.* HELLIWELL *está furioso.)*

HELLIWELL.—*(Iracundo.)* ¿Habéis oído semejante cosa...?

MARÍA.—*(Apresuradamente.)* Déjalo, Joe, tengamos la fiesta en paz. Esta noche se marcha para no volver.

CLARA.—No sé adónde vamos a llegar... Todas son iguales. ¡Respondonas!

PARKER.—*(Sentencioso.)* Las gentes de esta clase son todas semejantes. En la fábrica tenemos el mismo problema. Nunca sabemos cuándo están bien. Gentes perezosas, eso es lo que son..., hasta el tuétano.

CLARA.—Y descaradas... Respondonas...

ANNIE.—*(Tímidamente.)* Sí..., pero supongo que es porque no han aprendido otra cosa...

PARKER.—*(Con severidad.)* Han aprendido demasiadas cosas. Y no comprendo por qué tienes que ponerte de su parte.

HELLIWELL.—*(Cordialmente.)* Vamos, Albert, no empieces a irritarte, procura disfrutar algo por una vez. Estamos celebrando un

aniversario. Lo cual me recuerda que el otro día Charlie Pearson me dijo que había construido una nueva capilla metodista en Thornton, y la inauguraron el día de un aniversario. De todos modos, este es el nuestro, así es que celebrémoslo en paz y con buena voluntad. Y ahora creo que lo primero que debemos hacer es brindar por nuestra salud...

MARÍA—Esa idea ha sido *mía.*

HELLIWELL.—*(Haciendo caso omiso de esto.)* Luego he pensado que podríamos charlar un poco de los viejos tiempos, y después podríamos jugar una partidita de «newmarket»...

MARÍA.—También ha sido mía esa idea.

HELLIWELL.—*(Molesto.)* ¿Qué diablos importa de quién haya sido la idea, con tal que la pongamos en práctica y pasemos un rato agradable?

SOPPITT.—Eso es lo grande. *(Reprime un eructo. Se cruza su mirada con la de su esposa y balbucea.)* Pasar un rato agradable. *(Se levanta. Se acerca a la puerta. Tiene aspecto doliente y parece hallarse ligeramente indispuesto.)*

CLARA.—*(Con severidad.)* Te dije que no comieses salmón.

HELLIWELL.—Vamos, Clara, ¿por qué no puede comer un poco de salmón si le gusta?

CLARA.—*(Tajante.)* Porque no le gusta, Joe Helliwell, por eso mismo. Acuérdate de aquella ocasión en que fuimos todos a Scarborough...

SOPPITT.—*(Se vuelve.)* Fue en Bridlington.

CLARA.—¡Fue en los dos sitios! ¿Y qué dijo aquel médico? «Está usted cavando su tumba con los dientes, míster Soppitt.»

HELLIWELL.—¡Ja, ja, ja! *(Entra* RUBY *con una bandeja en la que hay seis vasitos y tres botellas de oporto.)* ¿Para qué trae todas las botellas? Con una cada vez hubiese sido suficiente.

RUBY.—*(Dejando la bandeja.)* Mistress Northrop ha dicho que se las traiga todas, ahora que están en vena.

HELLIWELL.—En lo sucesivo, limítese a recibir órdenes de mí, no de mistress Northrop. Ahora márchese..., y nada de insolencias. *(Empieza a sacar el corcho de una botella.)*

RUBY.—*(Volviéndose en la puerta.)* Mistress Northrop dice que no piensa volver por aquí...

HELLIWELL.—*(Acaloradamente.)* Ya estamos informados de todo eso. *(Se dirige hacia ella, con el cigarro en la boca y la botella en la mano.)*

MARÍA.—*(Interviniendo.)* Déjalo, Joe. (HELLIWELL *se detiene y extrae el corcho con algún esfuerzo.* RUBY *se ha marchado y ha cerrado la puerta.* HELLIWELL *empieza a servir el oporto.)* ¿Sabéis lo que debíamos hacer? Pues colocarnos exactamente de la misma forma que estábamos en la fotografía. ¿Dónde está? *(La encuentra y va colocando a todos de acuerdo con lo que ve en la fotografía.)* Eso es. *(Utiliza un sofá.)* Yo ocupaba el centro. Tú estabas aquí, Clara. Tú en este lado, Annie. Vamos, Albert..., detrás de Annie. Herbert... (MARÍA *se sienta la última. Estos cinco ya*

quedan colocados según el orden en que se hallan en la vieja fotografía. HELLIWELL *les entrega sendos vasos de oporto, después de lo cual también él se coloca en su puesto.)*

HELLIWELL.—*(Jocosamente.)* ¡Por mí y por el marido de mi mujer!

MARÍA.—¡No empieces a decir tonterías, Joe!

PARKER.—*(Solemne.)* Unas palabras serias es lo que requiere la ocasión.

ANNIE.—*(Un tanto quejumbrosa.)* ¡Oh Albert!..., ¿es necesario?

PARKER.—¿Qué quiere decir ese «es necesario»? ¿Qué hay de malo en pronunciar unas palabras serias en una ocasión como esta? El matrimonio... es un asunto serio.

CLARA.—Justo, Albert. ¿Cómo estaríamos nosotras sin él?

SOPPITT.—Solteras.

CLARA.—Basta, Herbert

PARKER.—*(Sentencioso.)* El matrimonio..., ejem..., el matrimonio..., en primer lugar, es una institución, ¿no es eso?

MARÍA.—*(Solemne.)* Eso es. *(Suspira profundamente.)*

PARKER.—*(Reanudando el hilo de su discurso.)* Una de las más «antiguas» instituciones Se remonta..., se remonta a..., bueno, se remonta y basta. Y todavía hoy conserva todo su vigor. ¿Por qué?

HELLIWELL.—*(Apresuradamente.)* Pues porque...

PARKER.—*(Interrumpiéndole con acento tajante.)* Déjame acabar, Joe, déjame acabar. ¿Por qué conserva hoy todo su vigor? Porque es la columna vertebral de una existencia decente y respetable.

HELLIWELL.—*(Solemne.)* Cierto, Albert, cierto.

PARKER.—¿Qué sería de las mujeres sin el matrimonio?

CLARA.—*(Con aspereza.)* ¿Y qué sería de algunos hombres?

PARKER.—Justo; a eso iba.

HELLIWELL.—Bueno, no tardes demasiado, Albert. Tengo ganas de probar este oporto.

PARKER.—*(Solemne.)* El matrimonio tal vez sea un tanto más necesario para las mujeres que para los hombres...

ANNIE.—¿Por qué?

PARKER.—*(Molesto por la pregunta.)* ¿Cómo que «por qué»?

HELLIWELL.—Los niños, Annie, los niños.

ANNIE.—*(Ruborosa.)* Ah..., sí..., había olvidado... Sin embargo...

PARKER.—Estoy hablando yo, con tu permiso. Pero si una mujer necesita un hogar, seguridad y una existencia respetable, «todo lo cual» lo encuentra en el matrimonio, el hombre necesita algo para...

CLARA.—*(Rápidamente.)* Necesita todo cuanto puede atrapar.

PARKER.—Necesita un hogar agradable y acogedor, alguien a quien confiar sus tribulaciones y así sucesivamente...

HELLIWELL.—*(Jocoso.)* Hombre, eso está bien, Albert; eso de «y así sucesivamente».

PARKER.—Mira, Joe...

HELLIWELL.—Bueno, bueno, abrevia...

PARKER.—*(Lenta y solemnemente.)* Así, pues, reunidos todos aquí para celebrar el vigésimo quinto aniversario de nuestro matrimonio conjunto, brindemos, amigos, por... ¡el «matrimonio»!

MARÍA.—Muy bien, Albert. *(Beben todos.)*

ANNIE.—*(Confidencialmente.)* Se me subirá en seguida a la cabeza. ¿Os acordáis de aquella vez en Harrogate? Cuando aquel camarero se echó a reír, deseé que me tragase la tierra.

HELLIWELL.—*(Coge de nuevo la botella.)* Esperad un momento. La cosa está bien hasta aquí..., pero... eso es, maldita sea...

MARÍA.—*(En tono de reproche.)* ¡Joe!

HELLIWELL.—Tenemos que hacer otro brindis, en nuestro honor. Apuesto cualquier cosa a que no es muy frecuente que puedan reunirse como nosotros tres matrimonios que se hayan casado juntos la misma mañana. Así, pues... *(Insiste en llenar de nuevo los vasos, mientras todos los conservan todavía en la mano.)*

MARÍA.—*(Confidencialmente.)* Yo no hago tonterías, pero me pongo muy colorada.

HELLIWELL.—Y ahora..., por nosotros... y por el reverendo..., ¿cómo se llamaba?..., Beech..., que nos unió con el lazo del matrimonio..., donde quiera que se encuentre...

LOS OTROS.—Por nosotros. Por él. *(Etcétera. Beben. Cuando han terminado, se oye el timbre de la puerta de entrada.)*

MARÍA.—¡La puerta de la calle! ¿Quién será?

HELLIWELL.—*(Dándose cierta importancia.)* Bueno, comuniqué al «Yorkshire Argus» que enviase alguien por aquí para intercambiar unas palabras.

CLARA.—*(Encantada.)* ¡Cómo!... ¿Vamos a salir en los periódicos?

PARKER.—Que no nos sorprendan de esta guisa. (PARKER *se bebe de golpe el resto de su oporto. Los otros hacen lo mismo. El grupo se disgrega. Asómase* RUBY.)

MARÍA.—¿Son los del «Yorkshire Argus»?

RUBY.—No; es míster Forbes, el organista de la capilla. Vino antes y volvió a marcharse.

HELLIWELL.—Dígale que espere. *(Vase* RUBY. HELLIWELL *se vuelve a los otros.)* Estás enterado de ese asunto, Albert. Y tú también, Helbert.

SOPPITT.—*(Vacilando.)* Sí..., pero... *(Se acerca a* HELLIWELL.)

HELLIWELL.—*(Asperamente.)* No hay pero que valga. Eres demasiado blando, Herbert.

CLARA.—Siempre le digo lo mismo.

HELLIWELL.—Es organista de la capilla..., se le paga por eso... Y una de dos, o se comporta como es debido, o se marcha.

PARKER.—*(Severo.)* Si valiese de algo mi opinión, se iría de todos modos.

ANNIE.—No, Albert, ese muchacho no es malo...

PARKER.—Cállate, Annie. No sabes la mitad de lo que sabemos nosotros. Y apuesto cualquier cosa a que no sabemos la mitad de lo que hay que saber respecto a ese joven. Nunca se le ha de-

bido confiar ese cargo. Lo dije así a su debido tiempo. Lo digo ahora. Y sé perfectamente lo que digo.

ANNIE.—*(Con rebeldía.)* Ojalá lo supieses siempre...

PARKER.—¿Qué quieres decir? *(Entra* NANCY *por la puerta que da al invernadero.)*

MARÍA.—Hola, querida, ¿dónde has estado?

NANCY.—*(Que parece tener ahora la risa a flor de labios.)* He salido un momento. No me necesitas, ¿verdad, tía? Porque, si es así, me gustaría ponerme el abrigo y el sombrero para ir a ver si Muriel Spencer está en casa. *(Cruza la estancia en dirección a la puerta.)*

MARÍA.—*(Se levanta.)* Muy bien, querida. Afuera está esperando Gerald Forbes... Tu tío tiene algo que decirle... No es conveniente que hables con él.

HELLIWELL.—En efecto, no lo es. Bastará con que digas «Hola» o «Buenas tardes», y nada más. Cuanto menos trato tengas con ese muchacho, mejor, Nancy. (NANCY *estalla repentinamente en repetidas risitas.)* Bueno, ¿qué tiene eso de divertido?

NANCY.—*(Sin dejar de reír.)* Lo siento, tío. Me he acordado de algo... que me hizo mucha gracia... *(Vase* NANCY, *riendo.)*

HELLIWELL.—Pero ¿qué le pasa a esa chica?

MARÍA.—¡Oh!... Está en esa edad en que la mitad de las veces una no sabe si reír o llorar. Vamos, Clara... Annie..., dejemos solos a los hombres. Supongo que es eso lo que están deseando...

PARKER.—*(Solemne.)* Ciertamente. Después de todo, se trata de un asunto relativo a la buena marcha de la capilla.

MARÍA.—Bueno, de todos modos, pensábamos ir ahora a las habitaciones de arriba.

HELLIWELL.—Eso está bien. (CLARA *le mira echando chispas por los ojos.)*

MARÍA.—Todavía no habéis visto lo que me ha regalado Joe. Y vosotros no os entretengáis demasiado con él.

PARKER.—¿«Con ese»? Yo no tardaría nada...

HELLIWELL.—Menos tardaré yo, porque yo no pronuncio discursos. Vamos, quitaremos esto de en medio... *(Lo guarda en un aparador. Vanse las mujeres, y* HELLIWELL *vuelve a colocar los vasos en la bandeja. Adoptan todos una actitud un tanto envarada.)*

PARKER.—Desde el primer instante, afirmé que se trataba de una elección desafortunada. En primer lugar, es demasiado joven.

SOPPITT.—*(Con cierta timidez.)* No creo que eso tenga mucha importancia.

PARKER.—*(Severamente.)* El problema contigo, Herbert, radica en que no concedes mucha importancia a nada, y precisamente es en eso en lo que estás equivocado.

HELLIWELL.—El joven Forbes es un meridional y todo eso.

PARKER.—*(Con sombrío aire de triunfo.)* Ah... A eso iba precisamente.

SOPPITT.—¿No le hacemos pasar?

HELLIWELL.—No; déjale que espere un poco.

PARKER.—Eso le sentará bien. Tan pronto como me dijeron que era del Sur y que se llamaba Gerald, dije: «No lo necesitamos. Todo lo que tendríamos con él sería un tipo re-la-mi-do.» Y añadí: «Un tipo re-la-mi-do. Lo que necesitamos en Lane End, la mayor capilla en millas a la redonda, con mucho dinero en la congregación, lo que necesitamos es un buen coro y alguien que toque el órgano a la vieja manera de Yorkshire.» Y repetí: «No queremos un tipo re-la-mi-do.» *(Imitando atrozmente la pronunciación de una persona remilgadamente afectada.)* «¿Cómo está usted? ¡Oh!... Encantado de conocerle ¡Qué tiempo tan delicioso!» ¡Brr! ¿Sabéis cómo califico yo a un tipo así?

SOPPITT.—*(Que posee cierto sentido del humor.)* Sí. *(Recalcando las sílabas.)* Re-la-mi-do.

HELLIWELL.—Albert tiene razón. Cometimos una equivocación. Pero no hay que olvidar que tenía aptitudes y que parecía un muchacho excelente. Debo confesar que, después del viejo Sam Fawcett, parecía haber algo fuera de lugar en la capilla, con un organista que lleva una de esas camisas de color y corbatas de punto y arrugas en el pantalón...

PARKER.—Repito que es un tipo... *(En este punto, se une a él* SOPPITT.)

PARKER y SOPPITT.—¡Re-la-mi-do!

PARKER.—*(Con tono de disgusto.)* ¡Y luego su «Mesías»! Se lo advertimos. Yo mismo le dije: «Sé que se trata de un villancico, pero tiene que darse prisa, para adelantarnos a los otros.»

HELLIWELL.—Justo, Albert. Desde finales de noviembre, ha habido tantos, que lo mismo podríamos haber arrojado el nuestro al canal.

PARKER.—Y ya visteis lo que ocurrió. Los baptistas de Hillroad tuvieron su «Mesías». Salem tuvo su «Mesías». Los congregacionalistas de Tong tuvieron su «Mesías». Los metodistas de Picklebrook tuvieron su «Mesías». ¿Y en qué lugar quedó Lane End?

SOPPITT.—Sin embargo, cuando lo tuvimos nosotros... fue excelente.

HELLIWELL.—Yo no digo que no lo fuese; pero ¿a quién le importaba ya? En fin, todo eso no es más que un detalle. El problema consiste en que no podemos tolerar que nuestro organista ande traveseando por ahí.

SOPPITT.—*(Gravemente.)* En eso estoy de acuerdo, Joe.

PARKER.—*(Indignado.)* ¡No faltaba más! ¡El organista de la capilla de Lane End «traveseando»! Esa clase de juego podrá hacerse en el Sur, pero aquí no.

HELLIWELL.—En eso coincidimos todos. (SOPPITT *y* PARKER *asienten con un movimiento de cabeza.)* Muy bien. Entonces, le haremos entrar. *(Se acerca a la puerta, mientras los otros dos se quedan sentados, en actitud rígida, como si fuesen a resolver un asunto oficial e importante.* HELLIWELL *habla con cierta hosquedad a través de la puerta abierta.)* Pase usted. *(Entra* GERALD FORBES, *cerrando la puerta tras de sí, aunque no del todo. Se muestra sereno*

y dueño de sí mismo, iluminando sus ojos algún que otro centelleo. HELLIWELL *toma asiento y adopta una actitud tan ceremoniosa e importante como los otros. Los tres contemplan con expresión severa a* GERALD, *mientras este se sienta a su vez. El joven extrae una pitillera, mas apenas ha sacado de ella un cigarrillo, cuando* ALBERT PARKER *le reconviene.)*

PARKER.—*(Con severidad.)* Yo no haría eso.

GERALD.—*(Un tanto sobresaltado.)* ¿Qué es eso?

PARKER.—*(Severo.)* Lo que tiene en la mano.

GERALD.—*(Todavía sorprendido.)* ¿Esto? ¿El cigarrillo? ¿Por qué?

PARKER.—Dadas las circunstancias, ¿no cree usted, joven, que sería preferible..., más..., más conveniente..., más adecuado... que no se pusiese a fumar precisamente ahora? *(Los tres hombres se miran mutuamente.)*

GERALD.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¡Ah!... Muy bien; si lo toman así... *(Se guarda la pitillera. Pausa.)* ¿Y bien? Deseaban ustedes hablarme de algo, ¿no?

HELLIWELL.—*(Con firmeza.)* En efecto. Así es.

PARKER.—Y si hubiese prevalecido mi opinión, hace mucho tiempo que habríamos hablado con usted.

GERALD.—No haría tanto, puesto que no hace mucho que estoy aquí.

PARKER.—No, no hace mucho. Y no creo que esté mucho más.

HELLIWELL.—Vamos, Albert, déjame meter una palabra «a mí». Míster Forbes, es usted el organista de nuestra capilla de Lane End, es decir, el mayor lugar de culto de toda la comarca. Vivimos en una comunidad sumamente respetable, respaldada por mucho dinero. Disfruta usted de un puesto remunerado como organista y director del coro.

GERALD.—Sí, aunque esa remuneración no basta para asegurarme el sustento, míster Helliwell.

HELLIWELL.—Cierto. Pero, debido a que es usted nuestro organista, puede conseguir alumnos y diversos trabajos extraordinarios, de modo que, en definitiva, no sale mal librado, ¿no es eso?

GERALD.—*(Un tanto dubitativo.)* Sí... De momento, estoy satisfecho.

PARKER.—*(Molesto.)* ¡Está satisfecho! ¡De momento! ¡Está satisfecho!

GERALD.—*(Sosegadamente.)* Eso es lo que he dicho, míster Parker.

PARKER.—*(Con dignidad.)* Consejero Parker *(Indicando.)* Regidor Helliwell. Consejero Parker. «Míster» Soppitt.

GERALD.—*(Indicándose a sí mismo.)* ¡Puro barro!

PARKER.—*(Estallando.)* Escuche...

HELLIWELL.—*(Interrumpiéndole bulliciosamente.)* No, Albert, déjame terminar Tenemos que abordar este asunto con toda serenidad..., no hemos de perder la calma.

GERALD.—Yo estoy perfectamente sereno.

HELLIWELL.—*(Estallando.)* Demasiado sereno para mi gusto, jo-

ven. Debería estar usted avergonzado, en lugar de parecer..., de parecer..., bueno, lo que parece ahora.

GERALD.—Pero todavía no me han dicho qué hay en mí de malo.

PARKER.—*(Colérico.)* ¿Qué hay de malo en usted? Pues todo. Y también es malo travesear como usted lo hace.

HELLIWELL.—*(Altivo.)* En algunas capillas acaso no les importe lo que usted haga..., no lo sé... Pero la de Lane End tiene una posición que conservar. Somos gente respetable y, naturalmente, esperamos que nuestro organista se comporte de manera respetable.

SOPPITT.—*(Apologéticamente.)* Considera que ha sido usted muy poco cauto, míster Forbes, y lo cierto es que ha habido no pocos refunfuños.

PARKER.—En primer lugar, se le ha visto fuera de casa..., a horas avanzadas de la noche..., en compañía de muchachas.

GERALD.—¿Muchachas?

HELLIWELL.—Puede que se trate de la misma muchacha en todas las ocasiones, por lo que yo sé; pero, si lo que me han dicho es cierto, quienquiera que sea debería avergonzarse de sí misma. Le doy mi palabra de que, si tuviese algo que ver conmigo, daría a esa jovencita una buena lección.

PARKER.—Alguien le ha visto traveseando una noche, ya tarde, en Morecambe. Y eso se sabe..., ¿comprende?..., eso se sabe.

GERALD.—*(Empezando a perder la paciencia.)* Así parece, en efecto. Pero no creí que ustedes considerarían valía la pena hacerse eco de un montón de estúpidas murmuraciones...

PARKER.—*(Asperamente.)* No adopte usted ese tono...

GERALD.—¿Qué tono se me permite adoptar? Repito, un cúmulo de necias murmuraciones...

SOPPITT.—Vamos, calma, calma.

GERALD.—Necias murmuraciones. Habladurías de viejas...

HELLIWELL.—*(Con autoridad.)* ¡Basta! No olvide que todavía es usted poco más que un muchacho. Casi le doblamos la edad y sabemos qué es lo que...

GERALD.—*(Enfadado.)* Veamos qué es lo que saben ustedes.

HELLIWELL.—*(Enfadado.)* Sabemos que no estamos dispuestos a tolerar que continúe eso. O se comporta como es debido o se vuelve por donde ha venido. No vamos a permitir que haga de nosotros el hazmerreír y el oprobio de la comunidad. Es una leal advertencia...

GERALD.—*(Con firmeza.)* No he hecho nada de lo cual tenga que avergonzarme.

PARKER.—¿Y qué prueba eso? Si un muchacho tiene el rostro de un mono de bronce, jamás se avergonzará de nada.

SOPPITT.—Prudencia, Albert.

PARKER.—¿Por qué he de tener prudencia? Le diré en la cara lo que he dicho a sus espaldas. Nunca se le ha debido elegir para ese puesto, y ahora que su conducta deja mucho que desear y

que le importa un bledo lo que piensen las personas respetables, no se le debía advertir nada en absoluto, sino comunicarle que podía volverse por donde había venido. Y entonces que hiciese de su capa un sayo, si así le placía. *(Tanto* GERALD *como* HERBERT SOPPITT *inician una protesta, pero* HELLIWELL *los interrumpe alzando la voz.)*

HELLIWELL.—Vamos, Albert, no debemos ser excesivamente duros. Hemos de dar a los jóvenes más de una oportunidad. *(Severa y paternalmente, a* GERALD.) No estoy seguro de que mi opinión fuese la misma en otra ocasión. Pero hoy..., es un día de fiesta y queremos mostrarnos indulgentes. Así, pues, voy a darle una última oportunidad para que se enmiende. Y puede considerarse afortunado por pillarme de tan buen humor. Da la coincidencia de que estamos celebrando nuestro aniversario de boda... los tres... Sí, llevamos casados veinticinco años. *(Se suena.* GERALD *mueve la cabeza con cierta tristeza.)* ¿Por qué mueve usted la cabeza?

GERALD.—*(Tranquila y suavemente.)* Mire usted, míster Helliwell..., perdón, regidor Helliwell..., mucho me temo que no lleven casados veinticinco años.

HELLIWELL.—*(Rugiendo.)* ¿Acaso cree que no sabemos contar, jovencito?

GERALD.—*(Con el mismo tono reposado.)* No, no quiero decir eso. Pero mucho me temo que, durante todo ese tiempo, no hayan hecho sino vivir juntos.

HELLIWELL.—*(Da un salto, lleno de ira.)* «¡Vivir juntos!» Si empieza a hablarme en ese tono, jovencito, voy a arrancarle la cabeza de un puñetazo.

GERALD.—*(Levantándose a su vez.)* No, no, no. No estoy tratando de insultarle. Estoy diciendo simplemente la verdad.

PARKER.—*(Se levanta, iracundo.)* ¡Que está diciendo la verdad! Usted está mal de la cabeza.

SOPPITT.—*(Con autoridad rara en él.)* Esperad un momento, Albert, Joe. Escuchémosle. Está hablando en serio.

HELLIWELL.—*(Colérico.)* ¡En serio! ¡En serio! ¿Qué quiere decir este jovencito?

GERALD.—*(Con acento impresionante.)* Si se callan un minuto, se lo explicaré todo.

PARKER.—*(Estallando.)* No quiero...

GERALD.—*(Rudamente.)* He dicho que guarden silencio.

HELLIWELL.—Déjale hablar, Albert.

GERALD.—*(Sentándose.)* Gracias. ¿Les importa que fume ahora? *(Se sientan todos. Con enloquecedora lentitud,* GERALD *saca un cigarrillo y lo enciende.* HELLIWELL *y* ALBERT PARKER *le observan con impaciencia y parecen a punto de estallar.)* Este verano fui a pasar mis vacaciones al norte de Gales...

HELLIWELL.—*(Impaciente.)* ¿Forma eso parte de lo que va a explicarnos? Porque a mí me tiene sin cuidado dónde fue usted a pasar sus vacaciones.

GERALD.—*(Sosegadamente.)* Fui al norte de Gales y no he re-

gresado hasta hace quince días aproximadamente. Durante mi estancia allí, hice conocimiento con un pastor protestante, quien había estado en Africa en los últimos veinte años. Cuando supo que yo era el organista de la capilla de Lane End, Cleckleywyke, se apoderó de él una gran excitación. Resultó que había estado en Lane End durante un breve período de tiempo, hará de eso unos veinticinco años.

SOPPITT.—¿Cómo se llamaba?

GERALD.—Beech. Francis Elwin Beech.

HELLIWELL.—*(Alborotadamente.)* ¡Ah!... Sí... ¡Beech! Precisamente hemos hablado de él esta noche. Claro que nos acordamos de míster Beech. Fue quien nos casó, ¿sabe? Sí, hace veinticinco años..., a las tres parejas. Eso es lo que estamos celebrando... *(Su voz se debilita repentinamente, porque comprende lo que los otros dos han comprendido en el último minuto, es decir, que puede haber algo que no marche bien. Por eso, mientras murmura el final de la frase, lanza a los otros una mirada de inquietud.)* Ya ve..., llevamos..., casados..., veinticinco años... (GERALD *los contempla por encima de su cigarrillo.)*

PARKER.—*(Tragando saliva.)* Siga usted. Siga usted.

GERALD.—Se veía claramente que le preocupaba algún recuerdo que conservaba de Cleckleywyke y de Lane End. *(Con evidente regusto.)* Podría decirse, caballeros, que aquel recuerdo «devoraba» su mente, «roía» su conciencia, le «acosaba» dolorosamente, le..

HELLIWELL.—*(Iracundo.)* Bueno, ¿a qué viene esta recitación?

GERALD.—Les ruego me disculpen si les aburro, caballeros...

PARKER.—*(Presa de súbita pasión, da un salto.)* ¡Re-la-mi-do! ¡Re-la-mi-do! (GERALD *le contempla atónito.)* Si tiene algo que decirnos, por amor de Dios, dígalo de una vez..., y no sea tan re-la-mi-do.

HELLIWELL.—Justo, Albert. *(A* GERALD, *impaciente.)* Bueno, ¿qué dijo míster Beech?

GERALD.—No «dijo» nada. (HELLIWELL *y* PARKER *se muestran inmediatamente aliviados y enfadados. Respiran con más libertad, tienen la impresión de que se han alarmado innecesariamente.* HERBERT SOPPITT *espera más detalles y mira fijamente a* GERALD.)

HELLIWELL.—Bueno, ¿entonces por qué está dando tantas vueltas...?

SOPPITT.—Un momento, Joe. *(A* GERALD.) Eso no es todo, ¿verdad?

GERALD.—¿Todo? ¡De ninguna manera! Solo que no me dejan ustedes terminar. He afirmado que no «dijo» nada, pero «escribió» algo. He recibido la carta hace solamente dos días. Aquí la tengo. *(Muestra una pequeña cuartilla de papel, escrita por ambos lados. La lee con acento impresionante.)* Es del reverendo Francis Edwin Beech. Dice así: «Estimados míster Forbes: Antes de regresar a Africa, me considero en la obligación de explicar, tanto por usted como por mí mismo, lo que de oscuro y desconcertante haya podido usted apreciar en mis numerosas alusiones a Cleck

leywyke y a la capilla de Lane End. Aunque solo estuve en Lane End de manera provisional, nunca podré olvidar mi estancia allí, pues en aquel punto me hice reo de la más culpable negligencia.» *(Los tres hombres cruzan, inquietos, la mirada.)* «Fui a Cleckleywyke directamente del seminario, y, durante aquellos primeros meses, no supe que debía firmar diversos formularios, debidamente atestiguados por las jerarquías eclesiásticas, con objeto de recibir la oportuna autorización para efectuar la ceremonia del matrimonio...»

HELLIWELL.—*(Se levanta, gritando.)* ¡Cómo! *(Arrebata la carta a* GERALD, *la contempla, luego lee lentamente.)* ...«la ceremonia del matrimonio. El resultado fue que entonces no era yo persona autorizada para efectuarlo. Afortunadamente, en el curso de aquel breve período, solamente fui requerido dos veces para efectuar sendos casamientos; pero en la primera de tales ocasiones, había no menos de tres jóvenes y esperanzadas parejas, que imaginaron..., los pobres..., que estaba uniéndolos con el sagrado lazo del matrimonio, cuando la verdad es que..., yo..., carecía..., en absoluto..., de autorización..., para..., hacerlo...

PARKER.—*(Aullando y arrebatándole la carta.)* Veamos eso. *(Examina la carta y* HERFERT SOPPITT *hace lo mismo, a su lado.)* Está debidamente firmada. . Francis Edwin Beech.

GERALD.—Y si comparan ustedes esa firma con la que hay en el registro de la capilla, verán que es la misma. No hay engaño.

HELLIWELL.—*(Aturdido y amargado.)* ¡Ese maldito asno! (HELLIWELL, PARKER *y* SOPPITT *se miran con silenciosa consternación.)*

SOPPITT.—*(Lenta y pensativamente.)* Luego, si no hemos estado casados nunca, entonces...

HELLIWELL.—No empieces a entrar en pormenores, Herbert, porque resultarán muy desagradables..., mucho. Ahí tienes a ese chico tuyo, ya en la escuela y todo, por ejemplo... A mí no me gustaría tener que darle un nombre ahora...

SOPPITT.—*(Indignado.)* Escucha, Joe...

HELLIWELL.—Ya lo ves cómo resulta muy desagradable. Aparta el pensamiento de los detalles.

PARKER.—*(Con amargura.)* ¡Bodas de plata!

HELLIWELL.—Bueno, no empieces tú ahora, Albert.

PARKER.—*(Solemne.)* Joe, Albert, cuando esas tres pobres mujeres se enteren de lo que realmente son...

HELLIWELL.—*(Hosco.)* Se armará la de San Quintín. Y se las oirá hasta en Leeds.

PARKER.—*(Gravemente.)* Joe, Herbert, no deben saberlo nunca. Nadie debe saberlo jamás. Seríamos el hazmerreír de toda la ciudad. Corregidor Helliwell..., consejero Albert Parker..., Herbert Soppitt..., ¡todos destacadas personalidades de la capilla, además! Si esto fuese del dominio público, os digo que estaríamos perdidos...

HELLIWELL.—Lo estaríamos, Albert.

SOPPITT.—*(Horrorizado.)* ¡Y si llegase a los periódicos...!

HELLIWELL.—*(Aún más horrorizado.)* ¡«Los periódicos»! ¡Oh, Santo Cristo! Hay que evitar que llegue a conocimiento de los periódicos. (GERALD, *que ha dejado que digieran por sí solos la noticia, se dirige nuevamente a ellos.)*

GERALD.—*(Extendiendo la mano.)* Bueno, hagan el favor de devolverme esa carta, ¿quieren?

PARKER y HELLIWELL.—*(Levantándose.* ¡Nada de eso! *(Se mantienen agrupados, como para protegerla.)*

PARKER.—*(Mostrándola.)* Esta carta...

HELLIWELL.—*(Arrebatándosela.)* Trae...

PARKER.—*(Furioso.)* Vamos, Joe..., devuélvemela...

HELLIWELL.—Lo siento, Albert; pero no confiaré esta carta a nadie, sino a mí mismo Es..., es... ¡dinamita pura!

GERALD.—En efecto; pero está dirigida a mí y, por consiguiente, como no ignoran, es de mi exclusiva propiedad.

SOPPITT.—Me temo que en eso tiene razón.

HELLIWELL.—*(Volviéndose hacia él, molesto.)* ¡Solo faltaba eso! ¿Acaso no estás tú también metido en este lío?, ¡maldita sea!

PARKER.—*(Severamente.)* De todos modos, «nosotros» tenemos una posición que defender, aunque no sea ese tu caso, Herbert.

SOPPITT.—*(Apologéticamente.)* Lo único que he dicho es que tenía razón al afirmar que la carta es de su propiedad. Tuvimos una vez un caso...

HELLIWELL.—*(Agresivo.)* No te preocupes de aquel caso. Piensa en este, que es todo un vagón de casos.

GERALD.—Mi carta, por favor.

HELLIWELL.—*(Congraciador.)* Escuche, muchacho. Sé que lo único que usted desea es hacer lo que es justo. La verdad es que nos hemos apresurado un poco con usted hace un rato. Pero no era esa nuestra intención. Era una simple... manera de hablar. Y es que cuando Herbert Soppitt se dispara...

SOPPITT.—*(Indignado.)* ¿Quién..., yo?

PARKER.—*(Con severidad.)* Te precipitas demasiado, Herbert, no puedes negarlo. *(A* GERALD.) Mire, voy a decir delante de usted lo que siempre he dicho a sus espaldas. Nos ha proporcionado usted el mejor «Mesías» y el mejor «Elías» que hemos tenido nunca en Lane End.

HELLIWELL.—¡Cómo! ¡Los mejores que se han conocido en todo Cleckleywyke! ¿Y por qué? Se lo he dicho a todos cuando me lo han preguntado. «Ese joven nuestro es muy inteligente», les he dicho. «Yo sabía que tenía talento», eso es lo que les he dicho.

SOPPITT.—*(Esperanzado.)* Así es, Joe. *(A* GERALD.) Y lo mismo he dicho yo. Siempre he estado de su parte.

GERALD.—Así lo creo, míster Soppitt. *(A los tres.)* Pueden quedarse esta noche con esa carta..., con una condición: que la guarde míster Soppitt.

SOPPITT.—*(Con vehemencia, extendiendo la mano.)* Gracias, Joe.

HELLIWELL.—*(Inquieto.)* ¿Qué idea es esa?

GERALD.—Ninguna. Pero me gusta más así. Elijan: o me la devuelven inmediatamente... o se la entregan a míster Soppitt, quien responderá de ella ante mí.

SOPPITT.—*(Vehemente.)* Desde luego, desde luego. *(Silencioso y a regañadientes,* HELLIWELL *se desprende de la carta.* SOPPITT *se la guarda cuidadosamente en un bolsillo interior. Los otros le observan como halcones. Hay una pausa. Después, se oyen unos golpes arriba.)*

HELLIWELL.—Llaman.

PARKER.—*(Sombrío.)* Ya lo he oído.

HELLIWELL.—Eso significa que María se está impacientando.

PARKER.—Supongo que Clara ya hará tiempo que estará deseando bajar.

HELLIWELL.—*(Amargamente.)* Quieren continuar celebrando el aniversario.

PARKER.—*(Amargamente.)* Y charlar de los viejos tiempos.

HELLIWELL.—*(Amargamente.)* Y jugar a las cartas.

GERALD.—*(Tras una pausa.)* Bueno, será mejor que me vaya.

HELLIWELL.—*(Apresuradamente.)* No, no. Todavía no. No tenga usted prisa.

PARKER.—No hay ninguna prisa, joven, ninguna en absoluto. Espero que Joe tendrá un buen cigarro para usted en alguna parte.

HELLIWELL.—*(Con forzada jovialidad.)* Pues claro que lo tengo, no faltaba más. Y un trago de lo que guste...

GERALD.—No, gracias. Tengo que marcharme ya.

HELLIWELL.—Escuche, muchacho. Hemos reconocido que nos hemos precipitado en su caso, y esperamos que será usted lo bastante generoso para olvidarlo, ¿verdad? Ya ve en el atolladero en que nos encontramos metidos, sin ninguna culpa por nuestra parte... *(Va en busca de los cigarros.)*

GERALD.—Sí, ya lo veo. Y no es grano de anís, ¿verdad? Especialmente cuando empiecen a pensar...

PARKER.—*(Apresuradamente.)* Sí, sí, desde luego; pero no se moleste usted en pensar. Simplemente... *(Con cierta desesperación.)* ...trate de olvidar que ha visto nunca esa carta.

HELLIWELL.—*(Que vuelve con los cigarros.)* Todos somos amigos, los mejores amigos del mundo. Tiene usted que coger un cigarro o dos, muchacho, insisto en ello... *(Mete varios cigarros en uno de los bolsillos de* GERALD *mientras habla.)* y va usted a prometernos, bajo palabra de honor, que no dirá nada a nadie sobre este desgraciado asunto, ¿verdad? *(Los tres le miran con ansiedad.* GERALD *los tiene en suspenso unos instantes.)*

GERALD.—Está bien. *(Los tres respiran de nuevo.* HELLIWELL *le estrecha la mano.)*

HELLIWELL.—No se arrepentirá, muchacho, no se arrepentirá. *(Vuelven a sonar arriba los golpes de antes.)*

PARKER.—*(Miserablemente.)* ¿Oís?

HELLIWELL.—Es mi esposa otra vez.

SOPPITT.—*(Meditabundo.)* Es curioso lo que sucede con las esposas. Están constantemente diciéndonos que se aburren en nuestra compañía y, sin embargo, en cuanto se separan de nosotros, está deseando volver a nuestro lado.

HELLIWELL.—*(Lóbrego.)* Pero no es porque disfruten con nuestra compañía. Es porque así ven lo que estamos haciendo.

PARKER.—Bueno, ¿y qué estamos haciendo?

HELLIWELL.—*(Con aspereza.)* Perder el tiempo. *(A los otros dos.)* Escuchad, amigos: ahora no estamos en condiciones de enfrentarnos con nuestras esposas. En diez minutos nos sacarían lo que ocurre, y me río yo de la explosión.

PARKER.—Me lo figuro. Tenemos que encontrar una solución.

SOPPITT.—Supongo que míster Beech no se habrá equivocado, ¿verdad?

PARKER.—Podríamos consultar a un experto acerca de esa carta.

HELLIWELL.—*(Apresuradamente.)* ¡Cómo! ¿Y dar tres cuartos al pregonero?

PARKER.—*(Rápidamente.)* Podríamos plantearle un caso..., sin mencionar nombres...

HELLIWELL.—*(Con decisión.)* Ya sé lo que tenemos que hacer. Vamos a escabullirnos al «club», para discutir la situación con paz y sosiego. Vamos, muchachos. Según estamos, al «club». *(A* GERALD.) Recuerde, joven, lo prometido. ¿Mantendrá su palabra?

GERALD.—Desde luego. Por mi parte están completamente seguros.

HELLIWELL.—*(Apremiante.)* ¡Buen muchacho! Ahora, espere hasta que nos hayamos marchado y luego salga por la puerta principal. Vamos, Albert, Herbert, no tenemos tiempo que perder. Por aquí... *(Los empuja hacia la salida del invernadero.)* iremos directamente al «club». *(Vanse los tres.* GERALD *consulta su reloj, sonríe, enciende un cigarrillo y se dirige a la puerta, que no ha estado nunca completamente cerrada. Al abrirla de repente, se ve en actitud de escucha a* MISTRESS NORTHROP, *quien tiene en las manos un paño y una gran fuente de cristal, que está enjugando distraídamente. Se halla de excelente humor y no se muestra en absoluto avergonzada por haber sido sorprendida escuchando detrás de la puerta.)*

GERALD.—*(Con fingida severidad.)* ¿Ha estado escuchando?

MISTRESS NORTHROP.—*(Que puede tener una copita de más)* ¡Escuchando! ¡Pues claro que he estado escuchando! No me habría perdido esto por nada del mundo... ¡Ninguno de ellos está casado como Dios manda! ¡Ninguno está unido como es debido! *(Empieza a reír de pronto, y en seguida prorrumpe en sonoras carcajadas, recostándose contra la puerta. La fuente que tiene en las manos parece correr grave peligro.)*

GERALD.—*(Divertido, al atravesar el umbral.)* Tenga cuidado, no vaya a romper esa fuente.

MISTRESS NORTHROP.—*(Alzando la voz.)* ¡Romper la fuente! Si quiero, ahora romperé doce fuentes.

GERALD.—*(Que acaba de salir, desafiándola.)* ¡No lo hará! ¡No se atreverá!

MISTRESS NORTHROP.—*(Tranquilamente.)* Pues aquí tiene una, para empezar. *(Lanza la fuente contra el suelo y aquella se rompe con estrépito en el vestíbulo. Se oye a* GERALD *lanzar una risueña exclamación antes de cerrar la puerta de la calle.* MISTRESS NORTHROP *empieza a reír desaforadamente de nuevo, todavía recostada contra la puerta.)* Eso es... ¡Toma!... *(Riendo.)* ¡Ay, qué gracia...! *(Ríe a carcajadas mientras cae rápidamente el telón.)*

ACTO SEGUNDO

Una media hora más tarde. Las luces están encendidas. MARÍA está echando los visillos. ANNIE y CLARA están disponiendo en una mesita a propósito cartas y fichas para jugar al «newmarket», y continúan haciendo esto durante la escena que sigue, principalmente contando las fichas de diversos colores y colocándolas en montoncitos.

CLARA.—*(Muy descontenta.)* Me parece muy extraña esta salida.

MARÍA.—Habrán ido a terminar de fumarse sus cigarros.

CLARA.—*(Ceñuda.)* Cuando yo salgo con Herbert para distraerme, doy por descontado que no va a marcharse a fumar ningún cigarro.

ANNIE.—*(En la mesa.)* A lo mejor tenían que discutir alguna cosa.

CLARA.—Pues podían discutirla aquí, ¿no te parece? *(Entra* RUBY, *procedente del invernadero.)*

MARÍA.—Y bien, Ruby, ¿están allí?

RUBY.—No, no están.

MARÍA.—*(Asperamente.)* ¿Ha mirado bien?

RUBY.—Tenía que estar ciega para no ver a tres hombres hechos y derechos en un jardín tan pequeño.

MARÍA.—¿Ha mirado a uno y otro lado de la calle como le he dicho que haga?

RUBY.—Sí, pero no estaban allí. *(Las tres esposas se miran desconcertadas.)*

CLARA.—¿No los oyó salir?

RUBY.—No. He estado todo el tiempo en la cocina, fregando. Mistress Northrop me dejó haciendo eso.

MARÍA.—¿Y dónde estaba ella entonces?

RUBY.—Por ahí, supongo. Lo único que sé es que parece una chiflada desde que ha vuelto. Se ríe sola, como una tonta.

MARÍA.—Está bien. Pregunte a mistress Northrop si sabe adónde han ido los señores. *(Vase* RUBY.) Ese ruido que oímos antes desde arriba es una muestra de la habilidad de mistress Northrop... Ha roto una de mis mejores fuentes. Y Ruby dice que eso le causó mucha risa.

CLARA.—Dedúceselo del salario, a ver si también eso le produce mucha hilaridad. Yo no tengo tanta paciencia con ellas.

ANNIE.—Nunca me ha parecido una buena mujer.

CLARA.—Una de esas holgazanas dadas a la bebida, que habitan a espaldas de la fábrica.

MARÍA.—Me urgía una mujer y tuve que tomar a esa. Pero esta noche se marcha para no volver. *(Entra* RUBY.)

RUBY.—Mistress Northrop dice que querían hablar a solas, y que por eso se han ido al «club». *(Hace mutis* RUBY.)

CLARA.—*(Iracunda.)* ¡El «club»! ¡El «club»!

ANNIE—Y precisamente esta noche... Es una vergüenza...

MARÍA.—*(Indignada.)* En mi vida he oído semejante cosa.

CLARA.—*(Furiosa.)* ¡El «club»! Ya le daré yo «club»... (1).

ANNIE.—No sé qué ha podido pasarles.

CLARA.—*(Colérica.)* Yo sé lo que va a pasarle a uno de ellos.

MARÍA.—Quizá les haya reclamado algún asunto...

CLARA.—Querrás decir que les ha reclamado la cerveza y el «whisky». ¡Que beban todos! ¡El dinero no importa!

MARÍA.—Ahí vienen. *(Las tres se sientan inmediatamente, muy erguidas, en actitud gélida. Los hombres desfilan desde el invernadero, con aire cohibido.)*

HELLIWELL.—*(Nervioso.)* Hola..., ¿qué hay?

MARÍA.—*(Adusta.)* Eso digo yo, ¿qué hay?

HELLIWELL.—Pues..., en realidad..., nada.

SOPPITT.—*(Nervioso.)* No creíamos que..., ejem.., estuvieseis ya aquí. ¿Verdad, Joe? ¿No es cierto, Albert?

HELLIWELL.—No, no lo creíamos, Herbert.

ALBERT.—En efecto, no lo creíamos.

CLARA.—*(Mordaz.)* Herbert Soppitt, tú no debes de estar bien de la cabeza. ¡Conque al «club»!

ANNIE.—¡Y precisamente esta noche!

HELLIWELL.—Bueno, hemos hecho una escapada de unos minutos, mientras vosotras charlabais arriba.

MARÍA.—Y esa escapada ¿para qué?

PARKER.—¡Oh!..., pues para discutir un par de cosas.

CLARA.—¿Qué cosas?

SOPPITT.—¡Oh!..., pues de cosas; ya sabes..., de cosas en general.

PARKER.—*(Se adelanta, frotándose las manos.)* Bueno, bueno; ya veo que está preparada la mesa. ¿Y si jugásemos una partidita de «newmarket»?

CLARA.—Esta noche no contéis conmigo para ninguna partidita.

ANNIE.—Sois unos..., unos..., egoístas.

CLARA.—¿Te enteras ahora de eso? Nunca piensan en otra cosa que no sea su propia comodidad y conveniencia.

MARÍA.—Me tienes muy sorprendida, Joe Helliwell... Después de mis esfuerzos porque todo resultase lo más agradable posible.

CLARA.—¡Ese es su agradecimiento! ¡El «club»! *(Mirando du-*

(1) Juego de palabras intraducible, basado en el doble significado de la voz inglesa *club*, que quiere decir «club», «asociación» y, en su forma verbal, «aporrear». *(N. del T.)*

ramente a SOPPITT.) Bueno, adelante, di algo. *(Los hombres se miran desasosegados. Las mujeres dan muestras de creciente indignación.)*

ANNIE.—¡Pensad en el día que es hoy!

CLARA.—Después de haberos dado los mejores días de nuestra vida..., ni una palabra de agradecimiento.

MARÍA.—Y recuerda, Joe Helliwell, que había no pocos muchachos que deseaban casarse conmigo.

ANNIE.—Al parecer, todos pensáis que, una vez que os habéis casado con nosotras, ya está todo resuelto y no tenéis ninguna obligación.

PARKER.—*(Desasosegado.)* No, yo no pienso eso.

CLARA.—*(Rudamente.)* Sí lo pensais. ¡Todos sois iguales!

MARÍA.—Si alguno de vosotros se despertase mañana y viese que no estaba casado con una de nosotras, se iba a encontrar con no pocas sorpresas.

HELLIWELL.—*(Desasosegado.)* Sí..., desde luego..., eso es verdad.

MARÍA.—*(Mirándole fijamente.)* Joe Helliwell, ¿qué te sucede esta noche?

HELLIWELL.—*(Desasosegado.)* No..., no me sucede nada en absoluto, cariño.

CLARA.—*(Mirando penetrantemente a* SOPPITT.) Hablaremos de esto más despacio cuando te tenga en casa.

SOPPITT.—*(Blandamente.)* Sí, Clara. *(Las mujeres vuelven a mirar a los hombres, luego cruzan la mirada entre sí. Se alejan de ellos, ignorándolos por completo.)*

MARÍA.—¿Qué estabas diciéndonos de tu prima, Clara?

CLARA.—*(Ignorando la presencia de los hombres.)* ¡Ah, sí! Entonces el médico le dijo: «Lo que le ocurre a usted, mistress Foster, es que es toda ácido. Elabora usted el ácido a una velocidad terrible.»

ANNIE.—¡Oh, pobrecilla!

CLARA.—Sí, pero a mí no me sorprendió nada. Sé lo mucho que come. Una vez la vi comerse una cantidad aterradora de ostras cocidas. Terminó con ellas después de la boda de su Ethel. Yo le dije: «Vamos, Edith, ten un poco de compasión de tu estómago»; pero, naturalmente, se echó a reír con despreocupación. *(Los hombres han ido alejándose cautelosamente hacia el foro, en dirección a la puerta. En el momento en que* HELLIWELL *pone la mano en el picaporte,* MARÍA *se vuelve hacia él.)*

MARÍA.—¿Adónde vais ahora?

HELLIWELL.—*(Desasosegado.)* Al comedor.

MARÍA.—¿Para qué?

HELLIWELL.—Pues..., para..., bueno... *(Hace acopio de audacia.)* Tenemos que discutir una cuestión. ¡Vamos, Albert, Herbert, de prisa! *(Desfilan vivamente, sin volver la cabeza. Las mujeres los contemplan asombradas. Se cierra la puerta. Las mujeres se miran perplejas.)*

MARÍA.—¿Pero qué les pasará?

ANNIE.—Algo ocurre.

CLARA.—¿Qué puede ocurrir? Están conduciéndose como unos perfectos estúpidos, eso es todo. Pero ya verá su señoría cuando le tenga en casa.

ANNIE.—¿Y si nos marchásemos cada una a nuestra casa?

CLARA.—¡Ni hablar! Eso es precisamente lo que ellos querrían. ¡Otra vez al «club»!

MARÍA.—Ahora mismo me metería en la cama y cerraría la puerta con llave, si no creyese que puedo perderme algo.

ANNIE.—Es una lástima que no podamos marcharnos solas... uno o dos días.

CLARA.—¿Y qué clase de juego se traerían ellos mientras nosotras estuviésemos fuera? Pero me dan ganas de entrar ahí para decirle: «Mira, llevo casada contigo veinticinco años y ya es hora de que me tome un descanso.»

MARÍA.—Y por menos de un pimiento, yo le diría a Joe: «Aunque me lo pidieses de rodillas, no seguiría casada contigo si no fuese porque no tengo más remedio.» *(Se abre lentamente la puerta y entra* MISTRESS NORTHROP, *que trae una gran bolsa de red, con ropas, dos botellas, etc. Está vestida de calle, para marcharse ya a su casa.)*

MISTRESS NORTHROP.—Ya he terminado.

MARÍA.—*(Recelosa.)* No ha tardado usted mucho...

MISTRESS NORTHROP.—*(Con modestia.)* No... Pero es que soy muy dispuesta. Muchas personas me han dicho: «Mistress Northrop, no puedo creer que tenga usted esas manos..., es usted una maravilla.»

MARÍA.—*(Agriamente.)* Bueno, pues no deseo tener una maravilla en mi casa, mistress Northrop. Le pagaré esta noche lo que le debo y ya no es necesario que vuelva más.

MISTRESS NORTHROP.—*(Irguiéndose.)* ¡Ah!... Conque se trata de eso, ¿eh?

MARÍA.—Sí, se trata de eso. No la considero lo bastante satisfactoria.

CLARA.—¡Eso salta a la vista!

MISTRESS NORTHROP.—*(Molesta.)* ¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro? *(A* MARÍA.) Y no crea que tengo ganas de volver aquí. De todos modos, no me dejaría mi marido cuando se entere de lo que tengo que decirle. Siempre hemos sido personas muy respetables.

MARÍA.—¿Y eso qué quiere decir?

CLARA.—No alientes su descaro, María.

MISTRESS NORTHROP.—Y usted métase en lo suyo. *(A* MARÍA.) Empezaba a sentirlo por usted, pero ahora...

MARÍA.—*(Fríamente.)* No sé de qué está hablando.

CLARA.—¿Qué lleva esta mujer en esa bolsa?

MISTRESS NORTHROP.—*(Iracunda.)* En esta bolsa llevo mis botas viejas, mi delantal y mis artículos de limpieza...

MARÍA.—También veo botellas...

MISTRESS NORTHROP.—*(Colérica.)* ¿Y qué si las ve? ¿Se cree que es usted la única persona en Cleckleywyke que puede comprar algo de beber? Si quiere enterarse, le diré que son dos botellas de cerveza vacías y que me las llevo porque son mías, compradas y pagadas por mí en casa de Jackson. Y si no lo cree, vaya a preguntarlo.

MARÍA.—*(Impidiendo que* CLARA *estalle.)* No, Clara, déjala en paz..., ya hemos tenido bastante. *(A* MISTRESS NORTHROP, *con cierta altivez.)* Son veinticuatro chelines en total, ¿no es eso?

MISTRESS NORTHROP.—*(Agresivamente.)* No; no es eso. Son veinticinco chelines y seis peniques, justos y cabales.

MARÍA.—*(Yendo al aparador en busca de su bolsillo.)* Está bien, veinticinco chelines y seis peniques, pero voy a deducirle algo por esa fuente que ha roto...

MISTRESS NORTHROP.—*(Indignada.)* ¡Usted no va a deducir ni un condenado penique!

CLARA.—Respondona y mal hablada...

MARÍA.—*(Dando un soberano a* MISTRESS NORTHROP.) Aquí tiene una libra. Y eso es todo lo que recibirá.

MISTRESS NORTHROP.—*(Furiosa.)* ¡No lo cogeré! ¡No lo cogeré!

MARÍA.—*(Dejando el soberano en la mesa más próxima a* MISTRESS NORTHROP.) Ahí tiene, mistress Northrop. Eso es todo lo que recibirá. *(Se sienta en actitud majestuosa y se vuelve a* CLARA.) Veamos, Clara, ¿qué estabas diciendo? *(Las tres mujeres ignoran ahora la presencia de* MISTRESS NORTHROP, *lo cual hace que esta se enfurezca aún más.)*

MISTRESS NORTMROP.—*(Ahogando toda posible conversación.)* Y no se den esos aires de duquesas, porque he vivido aquí demasiado tiempo y sé todo lo que hay que saber de ustedes. ¿De qué se las darán? *(Indicando a* MARÍA.) Me acuerdo muy bien de cuando era usted María Fawcett, una simple costurera en casa de Barkinson, antes de ponerse a hablar con Joe Helliwell, que entonces era un pelanas. En cuanto a usted *(Señala a* CLARA.), recuerdo muy bien cuando pesaba patatas y manzanas en la verdulería de su padre, en la esquina de Park Road, que por cierto estaba siempre muy sucia...

MARÍA.—*(Levantándose airada.)* Llamaré a mi esposo.

MISTRESS NORTHROP.—No es su esposo. Iba a decir que soy tan buena como cualquiera de ustedes, pero la verdad es que soy mucho mejor, porque yo soy una mujer casada y respetable, cosa que no puede decir ninguna de ustedes...

CLARA.—*(Encendida de ira.)* ¡Llama a un guardia!

MISTRESS NORTHROP.—*(Burlona.)* ¡Llama a un guardia! Que llame a doce, y se morirán de risa cuando oigan lo que tengo que decirles. Ninguna de ustedes está casada como Dios manda. Oí cómo se lo decía ese organista a sus maridos..., puedo llamarlos así. Yo estaba detrás de la puerta y lo oí todo... Era demasiado bueno para perdérmelo..., mejor que una función en el Empire.

CLARA.—*(Colérica.)* No creo una palabra de todo eso.

MISTRESS NORTHROP.—Como quiera. Pero ese joven les dio una carta, y por eso se fueron al «club», para charlar de ello..., y no se lo censuro, porque tendrán un rato de qué charlar. Y ustedes también, desde luego. Ya va siendo hora de que piensen en casarse, ¿no? *(Las tres mujeres se miran en silencio.* MISTRESS NORTHROP *les lanza una mirada de triunfo y luego coge el soberano.)* Me debe otros cinco chelines y seis peniques por lo menos..., y si tiene un poco de sentido común, procurará pagármelos..., pero no puedo entretenerme más tiempo, porque he quedado en ir a reunirme con mi marido a La Liebre y los Podencos. Así es que «buenas noches». *(Da un portazo al salir. Las tres mujeres se miran llenas de consternación.)*

MARÍA.—Por eso se han portado de manera tan extraña. Sabía yo que algo ocurría.

CLARA.—*(Con amargura.)* ¡Los muy estúpidos! *(De repente,* ANNIE *empieza a reír.)* ¡Oh, por amor de Dios, Annie Parker!

ANNIE.—*(Sin dejar de reír.)* No soy Annie Parker. ¡Todo esto es tan absurdo!

MARÍA.—*(Indignada.)* ¡Absurdo! ¿Qué hay de absurdo en ello?

CLARA.—*(Amargamente.)* Me está bien empleado, por fiarme de un memo. Eso retrata a Herbert Soppitt de cuerpo entero... ¡Ni siquiera ha conseguido que nos casaran como es debido!

MARÍA.—*(Profundamente afligida.)* Pero..., Clara, Annie..., ¡esto es «terrible»! ¿Qué vamos a hacer?

CLARA.—Yo sé lo que «no» vamos a hacer, es decir, jugar al «newmarket». *(Empieza a recoger las cosas, ayudada por las otras dos.)*

ANNIE.—¡Ay!... Vamos a estar la mar de ridículas desfilando por la capilla de Lane End para que vuelvan a casarnos, ¿verdad?

CLARA.—*(Enfadada.)* ¡Oh..., por amor de Dios!

MARÍA.—*(Amargamente.)* Lo mejor será decirles a esos tres mentecatos que están en el comedor que ya pueden pasar.

CLARA.—No; espera un momento.

MARÍA.—¿Para qué?

CLARA.—Porque necesito pensar, y si veo a Herbert, no podré hacerlo. *(Reflexiona un momento.)* Si solamente lo supiésemos nosotros, no tendría mucha importancia.

MARÍA.—Pero lo sabe ese idiota de pastor protestante...

CLARA.—Y el organista...

ANNIE.—Y mistress Northrop, no lo olvidéis... Y no quisiste pagarle esos cinco chelines y seis peniques...

MARÍA.—Uno de los hombres tiene que ir a buscarla.

CLARA.—Desde luego. Si la gente se entera de esto, estamos..., estamos...

RUBY.—*(Se asoma y anuncia vigorosamente.)* «Yorkshire Argus».

CLARA.—*(Presa de pánico.)* No necesitamos nada del «Yorkshire Argus»... Sabe Dios en qué lío nos meteríamos... *(Es interrumpida*

por la entrada de FRED DYSON, *que ha efectuado algunas libaciones y parece muy satisfecho de la vida.)*

DYSON.—*(Con extrema cordialidad.)* Bueno, ya estamos de vuelta. Por lo menos, estoy yo. Fred Dyson..., del «Yorkshire Argus». ¿Mistress Helliwell?

MARÍA.—*(Con cierto desmayo.)* Sí.

DYSON.—*(En el mismo tono.)* Y la señora de Albert Parker y mistress Soppitt..., tres damas felices, ¿eh? *(Las tres mujeres tienen aspecto de serlo todo menos felices.)* Jamás adivinarían ustedes lo que me preocupa en este momento.

ANNIE.—*(Que no puede remediarlo.)* Y usted no adivinaría nunca lo que nos preocupa a nosotras.

MARÍA.—*(Apresuradamente.)* Cállate, Annie. ¿Decía usted, míster Dyson...?

DYSON.—Que he perdido a nuestro fotógrafo, Henry Ormonroyd. Le traje conmigo antes, nos fuimos al Lion, en donde se encontró con un viejo amigo. Los dejé cantando «Guardia de Babor» en la taberna, no hace veinte minutos; entré en el bar privado cinco minutos después y ya no encontré a Henry por ninguna parte. Entonces pensé que seguramente habría vuelto aquí. Bueno, a propósito, ¿dónde se está celebrando la fiesta?

ANNIE.—Aquí.

MARÍA.—*(Apresuradamente.)* Cállate, Annie. *(A* DYSON, *con cierta desesperación.)* Mire usted..., mi esposo..., el regidor Helliwell..., ¿le conoce usted, naturalmente?

DYSON.—*(Cordial.)* Desde luego, señora. Es una figura pública muy notoria en estos días. Por eso me ha enviado aquí el «Argus» esta noche..., tan pronto como su marido comunicó que iban a celebrar sus bodas de plata...

CLARA.—*(Con desagradable acento.)* ¡Ah!... Ha sido él quien ha sugerido que viniese alguno de ustedes, ¿no?

DYSON.—En efecto.

CLARA.—*(Con el mismo desagradable tono.)* ¡Tenía que ser él!

MARÍA.—Bueno, él no sabía entonces... lo que..., quiero decir que... *(Le tiembla la voz y se calla.)*

DYSON.—A nuestros lectores les encantaría conocer todo lo relacionado con este hecho.

CLARA.—*(Lúgubre.)* Lo creo...

MARÍA.—Ten un poco de sentido común, Clara...

CLARA.—*(Rápidamente.)* ¿Qué tienes que decir tú, cuando has estado a punto de soltarlo...?

ANNIE.—*(Interviniendo.)* ¿Qué diablos estáis diciendo las dos? *(Sonríe a* DYSON, *que parece un tanto desconcertado.)* No pasa nada, míster Dyson. Lo que mistress Helliwell iba a decirle es que solamente somos seis personas en esta fiesta. En realidad, no es una verdadera fiesta. Se trata solo de... una especie de... reunión privada..., ¿sabe?

DYSON.—*(Mirando a su alrededor, sediento.)* Comprendo. Una agradable reunión..., ejem..., con sus bebidas... y todo.

MARÍA.—Eso es.

DYSON.—Bebidas... y..., ejem..., cigarros... y todo eso. *(Las mujeres no captan la insinuación, y* DYSON *saca un lápiz y un trozo de papel.)* Vamos a ver, mistress Helliwell, ¿tendría la amabilidad de contar a nuestros lectores cuáles son sus sentimientos al celebrar en estos momentos el vigesimoquinto aniversario de su feliz matrimonio?

MARÍA.—*(Con el rostro convulso.)* Yo..., esto..., yo...

DYSON.—No sea tímida, mistress Helliwell. Vamos, vamos. *(Ante el asombro de* DYSON, MARÍA *rompe a llorar súbitamente y sale precipitadamente de la estancia.)*

CLARA.—*(En tono de reproche.)* Mire lo que ha hecho, joven.

DYSON.—*(Atónito.)* Pero... ¿qué he hecho yo? Solamente le he preguntado...

ANNIE.—*(Apresuradamente.)* Está un poco alterada esta noche... Ya comprenderá usted..., con toda esta excitación... No sería conveniente que se quedase ahora. Sería mejor que fuese a buscar a su fotógrafo.

CLARA.—*(Iracunda.)* ¡Vamos, Annie, por amor de Dios! No tenemos necesidad de ningún fotógrafo aquí...

ANNIE.—*(A* DYSON.*)* Está bien. También ella está un poco alterada. Será mejor que se marche. (ANNIE *casi empuja a* DYSON *hacia la puerta. Este sale y se le oye marcharse.* CLARA *se sienta, respirando agitadamente. Vuelve* ANNIE, *dejando la puerta abierta a sus espaldas.)* Bueno, ya nos hemos librado de él.

CLARA.—¿Por cuánto tiempo?

ANNIE.—*(Molesta.)* No me parece lo más oportuno que te sientes y preguntes: «¿Por cuánto tiempo?», como si me pagases para que arregle este asunto. Si queremos que no trascienda, tendremos que movernos y no andar sentándonos por todas partes, lamentándonos y casi descubriéndolo todo, como habéis hecho María y tú en presencia de ese joven.

CLARA.—*(Amargamente.)* Si no hubiésemos dicho que nos casaríamos con una pandilla de bodoques, esto no habría ocurrido jamás. Si mi pobre madre levantase la cabeza y viese esto... *(Vuelve* MARÍA, *sonándose la nariz, y se sienta con aire de profundo abatimiento.)*

MARÍA.—*(Atribulada.)* Lo siento..., Clara, Annie..., pero no pude remediarlo. Cuando me hizo esa pregunta, algo me dio un vuelco en mi interior... y un instante después estaba llorando.

CLARA.—*(Severa.)* Bueno, llorando no vamos a salir de este atolladero.

ANNIE.—*(Con aspereza.)* Nunca estás contenta, Clara. Primero te metes conmigo porque me río, y ahora censuras a la pobre María porque llora...

CLARA.—*(Alzando la voz, con acritud.)* Bueno, ¿y de qué sirve

reír o llorar? ¿Qué créis que es esto? ¿«La cabaña del tío Tom»?

MARÍA.—Vienen. *(Las mujeres se sientan, en actitud de hosca expectativa. Entran* HELLIWELL, PARKER *y* SOPPITT. *Las tres mujeres se les quedan mirando fijamente.)*

PARKER.—*(Desasosegado.)* ¿Quién era? *(Silencio.* PARKER *intercambia una mirada con* SOPPITT *y* HELLIWELL.) Digo que quién estaba aquí hace un momento...

CLARA.—*(Repentina y fogosamente.)* «¡Yorkshire Argus!»

PARKER.—*(En tono resignado.)* Lo saben.

ANNIE.—*(Brusca.)* Pues claro que lo sabemos. (HELLIWELL *las mira, luego se dirige de nuevo hacia la puerta.)*

MARÍA.—¿Adónde vas ahora?

HELLIWELL.—A buscar un poco de «whisky».

MARÍA.—¿Es que el «whisky» va a serviros de algo?

HELLIWELL.—A ti, no sé; pero a mí, sí. *(Sale.)*

MARÍA.—*(Esperanzada.)* No será todo una historieta, ¿verdad?

PARKER.—No, es cierto. Planteamos el caso a un muchacho en el «club»..., sin dar nombres, naturalmente..., y dijo que había ocurrido varias veces el que un joven eclesiástico creyese que estaba calificado para casar a la gente... y luego resultase que no lo estaba. Claro que no ocurre con frecuencia.

CLARA.—No; pero nos ha ocurrido a nosotros. *(A* SOPPITT, *fieramente.)* Tú tienes la culpa de todo...

SOPPITT.—*(Afligido, a* PARKER.) ¿No os dije que ella diría eso?

CLARA.—*(Con aspereza.)* «¡Ella!» ¿Quién es «ella»? ¿La gata? No olvides que estás hablando de tu propia esposa.

PARKER.—¡Ah!..., pero es que... en realidad no lo eres...

CLARA.—*(Colérica.)* Vamos, Albert Parker, cierra la boca. *(Vuelve* HELLIWELL *con una gran bandeja, en la que hay «whisky», soda y varios vasos.)*

HELLIWELL.—¿Alguna señora desea un vasito?

MARÍA.—En el estado en que me hallo ahora, me ahogaría. *(Las otras mujeres deniegan desdeñosamente con la cabeza.)*

HELLIWELL.—¿Albert?

PARKER.—Gracias, Joe, creo que tomaré un trago. *(Se acerca a él.)*

HELLIWELL.—*(Atareado preparando las bebidas.)* ¿Herbert?

CLARA.—*(Rápidamente.)* Herbert no bebe.

HELLIWELL.—¿Herbert?

CLARA.—*(Confiadamente.)* Ya has oído lo que he dicho, Herbert. Que no bebes.

SOPPITT.—*(Al fin, rebelde.)* Gracias, Joe, tomaré un vasito. *(Se levanta, mira a su mujer mientras coge el vaso y bebe, luego se aparta, sin dejar de mirarla, mientras ella le contempla echando lumbre por los ojos.)*

HELLIWELL.—Nunca hubiese creído que el joven Forbes dejaría de cumplir su palabra de este modo, cuando tan solemnemente prometió no decir nada a nadie.

MARÍA.—Y no ha sido él quien nos lo ha dicho.

HELLIWELL.—*(Asustado.)* ¿Eh? *(Intercambia con los otros dos hombres una alarmada mirada.)* ¿Quién ha sido, entonces?

MARÍA.—La criada..., mistress Northrop. Escuchó vuestra conversación detrás de aquella puerta.

HELLIWELL.—*(Alarmado.)* ¿Y dónde está?

MARÍA.—Se ha ido.

ANNIE.—*(Con cierta malicia.)* María acaba de despedirla.

PARKER.—*(Iracundo.)* Si se ha marchado conociendo esa noticia, tanto valdría dar tres cuartos al pregonero.

HELLIWELL.—*(Colérico.)* ¿Por qué no lo habéis dicho desde el primer momento? Si esa mujer va por ahí contando esa historia, no sobreviviremos a ello. ¿Se ha ido a su casa?

ANNIE.—No; ha ido a La Liebre y los Podencos.

HELLIWELL.—*(Con autoridad.)* Herbert, tómate ese «whisky» rápidamente, corre a La Liebre y los Podencos y vuelve con esa mujer...

SOPPITT.—Pero si yo no la conozco...

HELLIWELL.—Vamos, vamos, la has visto aquí no hace una hora...

SOPPITT.—Y ella no me conoce a mí.

HELLIWELL.—Bueno, Herbert, no hagas tantas objeciones. Ve en su busca. *(Le empuja hacia el invernadero.)* Tráela tan pronto como te sea posible y prométele lo que quiera mientras la traes. *(Grita ahora desde fuera.)* Y date prisa. Confiamos todos en ti. *(Vuelve* HELLIWELL, *resoplando, trayendo el vaso de* SOPPITT. *Está a punto de beber en él cuando se da cuenta, coge el suyo y bebe, respira después ruidosamente y se enjuga la frente. Permanecen todos callados un momento.)* ¿Sabes, Albert, que noto una sensación muy extraña?

PARKER.—¿Qué quieres decir?

HELLIWELL.—Pues esto... de no estar casado.

MARÍA.—*(Levantándose, solemne.)* Joe Helliwell, ¿cómo puedes decir semejante cosa?

CLARA.—Debería darte vergüenza.

ANNIE.—Me sorprendes, Joe.

HELLIWELL.—*(Perplejo.)* ¿De qué estáis hablando?

MARÍA.—*(Solemne.)* Después de veinticinco años juntos... ¿No he sido una buena esposa para ti, Joe Helliwell?

HELLIWELL.—Me parece que no me he quejado, ¿verdad?

PARKER.—*(Sin tacto.)* Has sido «como» una buena esposa para él, María.

MARÍA.—*(Furiosa.)* Permíteme decirte, Albert Parker, que no he sido «como» una buena esposa, sino una buena esposa.

ANNIE.—¡Albert!

CLARA.—*(Indignada, a* PARKER.) En mi vida he oído tamañas estupideces.

PARKER.—*(Agresivo.)* ¿Ah, sí? ¿Y qué tiene eso de estúpido?

CLARA.—Todo.

HELLIWELL.—*(Sin tacto.)* La verdad es que, pensándolo bien, Albert tiene razón.

PARKER.—*(Solemne y fatuo.)* Debemos hacer frente a los hechos. Vamos a ver, María, tú podrás «sentirte» casada con él...

MARÍA.—*(Desdeñosa.)* «¡Podré sentirme casada con él!» Si hubieses tenido que pasar veinticinco años a su lado, no hablarías como lo haces. ¿Acaso no he...?

HELLIWELL.—*(Interrumpiéndola con grandes alharacas.)* Oye, oye..., ¿qué quiere decir eso de «haber tenido que pasar» veinticinco años a mi lado? Hablas de mí como si fuese una fiebre tifoidea.

MARÍA.—*(Alzando la voz.)* No es eso, Joe. Todo lo que he dicho es...

PARKER.—*(Alzando la suya aún más.)* Dejadme terminar lo que había empezado a decir. Decía que tú podrás «sentirte» casada con él, pero que, estrictamente hablando y a los ojos de la ley, el hecho es que «no» estás casada con él. Ninguno de nosotros estamos casados.

CLARA.—*(Amargamente.)* Algunos de los vecinos no se han enterado todavía, ¿no podrías gritar un poco más alto?

PARKER.—No estaba gritando.

HELLIWELL.—*(En tono de reproche.)* Estabas gritando a voz en cuello.

ANNIE.—Pues claro que sí.

MARÍA.—*(En tono de reproche.)* Nadie sabe quién estará escuchando. Estoy sorprendida de que no muestres un poco más de sentido común, Albert.

PARKER.—*(Irritado.)* Está bien, está bien, está bien. Pero no iremos a parar a ninguna parte mientras no nos enfrentemos con los hechos. No es culpa nuestra, sino desgracia nuestra.

MARÍA.—No estoy muy segura de eso.

HELLIWELL.—¡Oh! *(A* ALBERT.) Ahora va a echarnos la culpa a nosotros.

MARÍA.—¿Y por qué no?

HELLIWELL.—*(Irritado.)* ¡No, maldita sea! ¡No fue culpa nuestra!

MARÍA.—Si un hombre me pide que me case con él y luego me lleva a una capilla y me coloca delante de un eclesiástico, yo espero que ese eclesiástico sea de verdad y no un tipo disfrazado.

HELLIWELL.—¿Y yo no espero lo mismo?

MARÍA.—Tenías que haberte cerciorado de ello.

HELLIWELL.—¡No digas tonterías! ¿Cómo podía saber yo que no estaba investido de la debida autoridad?

MARÍA.—*(Sarcástica.)* Bueno, es divertido que haya ido a sucedernos a nosotros, ¿verdad?

PARKER.—Pero eso es lo que yo digo..., no es culpa nuestra, sino desgracia nuestra. Es inútil culpar a nadie. Nadie pudo preverlo. Pero subsiste el hecho de que... estamos...

CLARA.—*(Interrumpiéndole iracunda.)* Si vuelves a repetirlo, Al-

bert Parker, te tiraré algo a la cabeza. No es necesario que lo recalques tanto.

MARÍA.—*(Con acritud.)* Sobre todo a grito herido.

PARKER.—*(Con aire de dignidad ofendida.)* No diré una palabra más. He concluido. *(Les vuelve la espalda. Las tres mujeres le miran con disgusto.* MARÍA *se dirige ahora a* JOE.)

MARÍA.—Supongo, Joe, que no vas a decirme que te sientes diferente... solo porque haya ocurrido este..., este accidente, ¿verdad?

HELLIWELL.—*(Solemnemnte.)* No podría decirte una mentira, cariño. No puedo remediarlo, pero desde que he sabido que no estoy casado, noto una sensación «sumamente peculiar».

MARÍA.—*(Se levanta, perdiendo súbitamente el dominio de sus nervios.)* ¡Oooh! ¡Te arrancaría esa inmunda cabezota! *(Se dirige precipitadamente a la puerta, sollozando de manera audible, y hace mutis apresuradamente.)*

ANNIE.—*(Siguiéndola.)* ¡Oh..., pobre María! *(Sale, cerrando la puerta tras de sí.)*

CLARA.—Bueno, supongo que ya estarás contento.

HELLIWELL.—*(Sentencioso.)* No te entremetas nunca entre marido y mujer.

CLARA.—Acabas de decir que no sois marido y mujer.

HELLIWELL.—*(Iracundo.)* Está bien; si he de discutir con una mujer, al menos que sea con la mía. *(Vase apresuradamente* HELLIWELL. *Silencio.* PARKER *permanece ceñudo y alejado.)*

CLARA.—*(Tras una pausa.)* Bueno, después de todas estas escaramuzas, no me vendría mal otro vasito de oporto. *(Espera un instante, pero al ver que* PARKER *no se mueve, dice:)* Muchas gracias. *(Se levanta con dignidad para servirse ella misma.)* Bonitos modales... *(Se llena el vaso.)* He dicho «bonitos modales», consejero Albert Parker...

PARKER.—*(Volviéndose enfadado.)* Si yo fuese el pobre Herbert Soppritt, lo pensaría dos veces antes de pedirte que volvieras a casarte conmigo.

CLARA.—*(Que en ese momento se acerca el vaso a los labios.)* «¡Que vuelva a pedirme otra vez...!» No habrá más peticiones. Herbert Soppitt es mi marido... y seguirá siendo mi marido.

PARKER.—A los ojos de la ley...

CLARA.—*(Interrumpiéndole, implacable.)* Ya lo dijiste antes. Pero permite que te diga que, a los ojos del Cielo, Herbert y yo llevamos casados veinticinco años.

PARKER.—*(Con aire de triunfo.)* También estás equivocada en ese punto, porque, a los ojos del Cielo, ninguno de nosotros está casado, en absoluto... (HELLIWELL *asoma la cabeza. Parece preocupado.)*

HELLIWELL.—Pasa un momento al comedor, Albert. Tenemos una pequeña discusión...

PARKER.—Sí, Joe. *(Desaparece* HELLIWELL. *Sale* PARKER, *dejando la puerta entreabierta.* CLARA, *sola, termina de beberse su oporto,*

coge después la vieja fotografía y la contempla con expresión iracunda y despectiva. Se oye sonar un lejano timbre en la casa.)

CLARA.—*(Murmurando su profundo desprecio a las imágenes de la fotografía.)* ¡Estúpidos, cabezas de chorlito, mochuelos! *(La deja de golpe en algún lugar prominente, boca arriba. Entra* RUBY.)

RUBY.—Mistress Soppitt...

CLARA.—*(Con cierta ansiedad.)* ¿Sí?

RUBY.—Mistress Helliwell dice que haga usted el favor de pasar al comedor. *(Cuando* CLARA *se dirige rápidamente a la puerta,* RUBY *añade tranquilamente:)* Ooh..., están como locos. *(Sale* CLARA *rápidamente, seguida de* RUBY. *Se oye a lo lejos el ruido de una puerta al abrirse, las voces de los tres que están en el comedor, enzarzados en ruidosa discusión, el cerrarse de la puerta, seguido todo ello por un instante de silencio. Luego, se oyen varios vigorosos timbrazos en la puerta de la calle. Al cabo de un momento, suena la voz de* RUBY, *fuera, pero acercándose.)*

VOZ DE RUBY.—*(Desde fuera.)* Sí, ya lo sé... Muy bien... ¡Eh!, cuidado con las cosas... Por aquí... *(Entra* RUBY *guiando a* ORMONROYD, *quien trae su cámara fotográfica, etc., y se halla bastante bebido.)*

ORMONROYD.—*(Penetra en la habitación y mira en torno a sí con enorme cuidado, luego se vuelve hacia* RUBY.) Aquí no hay nadie. *(Echa otra ojeada para asegurarse.)* Nadie en absoluto.

RUBY.—No tardarán en volver. Están casi todos en el comedor..., discutiendo.

ORMONROYD.—¡Cómo! ¿En una ocasión tan señalada como esta?

RUBY.—Así es.

ORMONROYD.—Bueno, eso no hace más que demostrar lo que es la naturaleza humana. ¡La naturaleza humana! ¡Bah!... Apuesto cualquier cosa a que, si esto hubiera sido un funeral, estarían todos desternillándose de risa. *(Se acerca a donde están y examina atentamente los cigarros.)* ¿No hay por aquí un cigarro?

RUBY.—Sí, los está mirando usted. ¿Quiere uno? Ahí tiene. (ORMONROYD *lo enciende.)* Mi madre dice que si Dios hubiese hecho al hombre para que fumase, le habría puesto una chimenea en la cabeza.

ORMONROYD.—Pues dígale a su madre de mi parte que si Dios hubiese hecho al hombre para usar cuellos, le habría puesto botones en el cogote. *(La mira fijamente.)* ¿Por qué se balancea de ese modo?

RUBY.—Yo no me balanceo. Es usted. *(Se ríe y le examina con mirada crítica.)* Está usted un poco piripi, ¿verdad?

ORMONROYD.—*(Horrorizado.)* ¿Piripi?

RUBY.—Sí; que tiene una buena papalina.

ORMONROYD.—*(Contemplándola entre brumas.)* ¡Qué idea más extra... extraordinaria! Me parece usted la más extra... ordinaria y pequeña..., bueno, realmente no sé..., ¿cómo se llama?

RUBY.—Ruby Birtle.

ORMONROYD.—*(Paladeándolo.)* Humm..., Ruby...

RUBY.—Bueno, ya sé que es un nombre estúpido. No podrá decirme nada acerca de Ruby que no haya oído antes..., así es que no pruebe.

ORMONROYD.—*(Solemne.)* Ruby, creo que es usted extra... ordinaria. ¿Cuántos años tiene?

RUBY.—*(Rápidamente.)* Quince... ¿Y usted?

ORMONROYD.—*(Moviendo vagamente una mano.)* Miles de años, miles y miles de años.

RUBY.—*(Con desenvoltura.)* A mí me parece que tendrá unos setenta.

ORMONROYD.—*(Horrorizado.)* «¡Setenta!» Tengo cincuenta y cuatro.

RUBY.—*(Severamente.)* Entonces se ha abandonado mucho. (ORMONROYD *la mira, respirando penosa y ruidosamente.)* Ha empinado demasiado el codo, ¿eh?

ORMONROYD.—*(Tras indignada pausa.)* ¿Lee alguna vez el «Police News»?

RUBY.—Sí. Me gusta. Todo está lleno de asesinatos espantosos.

ORMONROYD.—Entonces habrá visto esas fotografías de mujeres descuartizadas por sus maridos...

RUBY.—*(Con delectación.)* Sí..., con hachas ensangrentadas.

ORMONROYD.—*(Con acento impresionante.)* Bueno, pues si no tiene cuidado, Ruby, llegará a ser una de ellas. *(Va de un lado a otro por la habitación, ve la fotografía y la coge.)*

RUBY.—*(Mirándola.)* ¡Oooh!... ¿No están ridículos? *(Mira a* ORMONROYD, *dubitativa y recelosa.)* ¿Qué quiere decir con eso de que llegaré a ser una de ellas?

ORMONROYD.—No se preocupe de eso ahora, Ruby, tiene todavía mucho tiempo por delante.

RUBY.—*(Perpleja.)* ¿Tiempo para qué?

ORMONROYD.—*(Absorto ahora en su arte.)* Lo que voy a hacer ahora... es tomar un grupo de los tres matrimonios..., igual que están en esa fotografía. Vamos a ver... *(Con gran solemnidad y minuciosidad, procede a preparar su cámara fotográfica.)*

RUBY.—*(Que ha estado reflexionando.)* Oiga, ¿quiere decir que tengo mucho tiempo para crecer y ser después descuartizada?

ORMONROYD.—*(Abstraído.)* Sí.

RUBY.—*(Insistiendo.)* Pero ¿por qué iba a descuartizarme?

ORMONROYD.—Siéntese ahí un momento.

RUBY.—He dicho que por qué iba a querer él descuartizarme, ¿eh?

ORMONROYD.—*(Haciéndola sentarse en una silla y dándole palmaditas en el hombro.)* Tal vez encuentre uno que no lo haga, pero habrá de tener mucho cuidado. Ahora, quieta un momento, Ruby.

RUBY.—*(Esperanzada.)* ¿Va a hacerme una foto?

ORMONROYD.—*(Lúgubre.)* Todavía no..., durante unos años... *(Manipula en su cámara.)*

RUBY.—*(Tras reflexiva pausa.)* ¿Quiere decir que esperará has-

ta que me descuartice? *(Con animación, sin reproche.)* ¡Vaya, vaya! ¿Sabe que tiene unas ideas horrorosas? *(Pausa.)* ¿Es usted casado?

ORMONROYD.—Sí.

RUBY.—Su mujer no parece preocuparse mucho de usted, ¿verdad?

ORMONROYD.—¿Cómo lo sabe?

RUBY.—Apuesto algo a que hace meses que no le cepillan la ropa. *(Prosigue con animación.)* Casi se podía hacer una comida con lo que hay en su chaleco..., mucho huevo se ve ahí. *(Tras una pausa.)* ¿Por qué no le limpia un poco a usted?

ORMONROYD.—*(Atareado con sus preparativos.)* Porque no está aquí.

RUBY.—¿No vive con usted?

ORMONROYD.—*(Deteniéndose para mirarla fijamente, con dignidad.)* ¿Es esencial..., ejem..., que conozca todo lo relativo..., ejem..., a mis asuntos privados?

RUBY.—Siga, siga. Bien podría decírmelo. ¿Dónde está su mujer?

ORMONROYD.—Mistress Ormonroyd se encuentra actualmente..., ejem..., ayudando a su hermana, que tiene una pensión llamada Paisaje de Palmas..., aunque la única palma que se ve allí es la de la mano de mi cuñada.

RUBY.—¿En dónde? ¿En Blackpool?

ORMONROYD.—Nada de eso. Ese es un sitio adonde va uno a vivir, no a morir. No, no; están en Torquay. *(Con profundo desdén.)* «¡Torquay!»

RUBY.—*(Impresionada.)* Eso está en el Sur, ¿no?

ORMONROYD.—*(Con burlesca pomposidad.)* Sí, jovencita, Torquay se halla en la costa meridional de Devonshire. El lugar se encuentra abrigado contra los vientos del Norte y el Este, está abierto a las templadas brisas marinas del Sur y, por consiguiente, se halla muy concurrido durante todo el año por numerosas personas de la buena sociedad, delicadas y refinadas. En otras palabras, es un maldito y miserable agujero. *(Inspecciona con aire satisfecho sus preparativos profesionales.)* Bueno, ya está todo dispuesto para captar la imagen de las tres felices parejas.

RUBY.—*(Escéptica.)* ¿Ha dicho felices?

ORMONROYD.—¿Por qué no?

RUBY.—Bueno, para empezar, vaya a escuchar lo que dicen esos cuatro que están en el comedor.

ORMONROYD.—*(Comienza a hablar con gran solemnidad.)* Créame, Rosie...

RUBY.—*(Tajante.)* Ruby.

ORMONROYD.—Ruby. Créame, es usted todavía demasiado joven para comprender.

RUBY.—Ya he oído eso antes, pero nadie me ha dicho nunca qué es lo que soy demasiado joven para comprender. Y durante años mi hermano ha criado conejos.

ORMONROYD.—*(Solemne, pero vagamente.)* No es una cuestión

de conejos, a Dios gracias... Pero el matrimonio..., el matrimonio..., bueno, es algo muy peculiar. Hay aspectos a los que yo no concedí nunca la debida atención.

RUBY.—¿Qué aspectos?

ORMONROYD.—Pues..., bueno, yo soy un hombre a quien le gusta un poco de compañía. Y también me gusta un vasito de cuando en cuando. Lo admito..., de cuando en cuando me gusta un vasito.

RUBY.—Sería lo mismo aunque no lo admitiese. Se nota. *(Olfatea.)*

ORMONROYD.—Si estos tres matrimonios están casados desde hace veinticinco años y..., ejem..., todavía siguen unidos, bueno, yo digo que son tres matrimonios felices..., y no haré caso a nadie que diga lo contrario. No, no le haré caso. Y si usted o cualquier otra persona me dice: «Beba a su salud», yo contestaré: «Desde luego, con mucho gusto, no faltaba más...» *(Se sirve un vaso de «whisky» con notable celeridad.)* No me atrevería a rehusar, porque iría en contra de mis principios. A su salud. *(Se bebe un vaso enorme.)*

RUBY.—¡Eeeh!... Va a coger una buena papalina.

ORMONROYD.—*(Haciendo caso omiso de esto, si es que lo ha oído, sentimental y almibarado ahora.)* ¡Oh..., sí! Estar juntos..., caminar uno al lado del otro..., a través de las bonanzas y las tormentas de la vida..., con las manos entrelazadas..., en los buenos tiempos y en los malos..., siempre con una sonrisa de amor en los labios... *(Agita la mano en la que sostiene el cigarro.)*

RUBY.—*(Fríamente.)* Tenga cuidado con ese cigarro.

oído, sentimental y almibarado ahora.) ¡Oh..., sí! Estar juntos.... pobres o ricos..., siempre juntos..., caminando uno al lado del otro..., con las manos entrelazadas..., a través de las bonanzas y las tormentas de la vida...

RUBY.—*(Rápidamente.)* Eso ya lo ha dicho antes.

ORMONROYD.—¡Oh!..., sí..., es algo maravilloso..., bello...

RUBY.—¿El qué?

ORMONROYD.—«¡El qué!» El Señor nos ampare..., esto es igual que hablar con un pequeño cocodrilo... Digo que es algo maravilloso y bello ir juntos por la vida..., en los buenos tiempos y en los malos..., siempre con una sonrisa de amor en los labios...

RUBY.—Uno junto al otro..., con las manos entrelazadas...

ORMONROYD.—Sí, eso es lo que digo.

RUBY.—Entonces tiene que haber algo en mí que no funciona como es debido, porque cuando he intentado ir uno junto al otro y con las manos entrelazadas, aunque solo haya sido veinte minutos, he quedado harta.

ORMONROYD.—*(Mirándola fijamente.)* ¡Extra... ordinario! ¿Cómo se llama?

RUBY.—Todavía Ruby Birtle.

ORMONROYD.—¿Y no ha tenido nunca un hogar?

RUBY.—Pues claro que he tenido un hogar. ¿Por qué?

ORMONROYD.—Habla como si la hubiesen educado en una co-

chera de tranvías. Carece de sentimiento..., de ternura... No tiene... poesía..., nada de poesía...

RUBY.—*(Indignada.)* ¿Y qué más? Yo sé poesía. La aprendimos en la escuela. Escuche... (RUBY *recita, mientras* ORMONROYD *toma asiento para escucharla.)*

Crecieron juntas ambas hermosuras,
de dulce algarabía llenaron un hogar;
lejos yacen sus separadas sepulturas,
por montes, ríos y el inmenso mar.

Cuidólos la misma madre amantísima,
sobre las dormidas frentes inclinado el rostro;
teniendo ambas flores a la vista.
Mas ¿qué se hizo de sueño tan hermoso?

En medio de las selvas del Oeste,
yace uno, junto a la corriente de un río negro;
saben los indios dónde eternamente duerme,
cabe...

(Titubea RUBY. *Entra* CLARA *silenciosamente y, llena de asombro, contempla a la muchacha.* RUBY *la mira sobresaltada y concluye precipitadamente.)*

... Cabe la sombra del lejano cedro.

(Sale RUBY *apresuradamente.* CLARA *queda en el sitio ocupado antes por la muchacha.* ORMONROYD, *que se había vuelto cerrando los ojos para escuchar, vuelve a su posición anterior y los abre, quedándose atónito al ver allí a* CLARA.)

ORMONROYD.—*(Perplejo.)* Esto es muy singular..., «sumamente» singular. Me parece que esta noche no estoy muy bien...

CLARA.—*(Utilizando el mismo tono que antes empleó* RUBY.) Yo creo que está usted un poco piripi, ¿no?

ORMONROYD.—Las cosas no ocupan su debido lugar, si sabe usted a lo que me refiero. Pero ya pasará.

CLARA.—¿Quién es usted y qué está haciendo aquí?

ORMONROYD.—*(Todavía aturdido.)* Henry Ormonroyd... «Yorkshire Argus»..., tomar una fotografía..., grupo bodas de plata...

CLARA.—*(Con firmeza.)* Esta noche no se tomará «aquí» ninguna fotografía de ningún grupo que celebre sus bodas de plata.

ORMONROYD.—¿Me he equivocado de casa?

CLARA.—*(Firmemente.)* Sí.

ORMONROYD.—Usted perdone. *(Se dirige hacia la puerta, que se abre para dar paso a* ANNIE.)

ANNIE.—¿Quién es este señor?

ORMONROYD.—*(Apresuradamente, lleno de confusión.)* Nadie, nadie..., yo lo arreglaré todo dentro de un minuto..., denme tiempo... *(Vase* ORMONROYD.)

ANNIE.—¿No es el fotógrafo?

CLARA.—*(Amargamente.)* Sí, y está borracho, y, cuando entré

la criada de María estaba recitándole una poesía, y sabe Dios lo que habrá sido de Herbert y de Albert y de mistress Northrop y *(Colérica.)* estoy perdiendo la poca paciencia que me queda ya...

ANNIE.—Vamos, Clara... *(Entra* MARÍA, *con aspecto de cansancio.)*

MARÍA.—No puedo meterle a Joe en la mollera un poco de sentido común. ¿Dónde está Herbert?

CLARA.—*(Sombría.)* Buscando todavía a esa mistress Northrop. *(Suena el timbre de la puerta de la calle.)* ¿Quién será ahora?

MARÍA.—Bueno, Clara, no adoptes ese tono. Yo no he pedido a nadie que venga, quienquiera que sea.

CLARA.—Si tú no lo has hecho, apostaría algo a que ha sido Joe. ¡Con su «Yorkshire Argus»! *(Entra* RUBY, *con cierto aire de misterio.)*

MARÍA.—Bueno, Ruby, ¿quién es?

RUBY.—*(Bajando la voz.)* Una mujer.

CLARA.—*(Apresuradamente.)* ¿Qué mujer?

MARÍA.—¡Vamos, Clara! *(A* RUBY.*)* ¿Qué clase de mujer? ¿Quién es?

RUBY.—*(Avanza en la estancia, confidencialmente.)* No lo sé. Pero no me gusta nada. Tiene la cara pintada. Y me parece que tiene el pelo teñido. *(Las tres mujeres se miran en silencio.)*

CLARA.—*(Estirada.)* No recibas aquí a una mujer así, María.

MARÍA.—Naturalmente que no..., pero... *(Titubea.)*

ANNIE.—Tendrás que enterarte de lo que desea, María. Podría ser algo relacionado con..., ya sabes..., este asunto.

CLARA.—*(Iracunda.)* ¿Cómo puede ser eso?

ANNIE.—Bueno, nunca se sabe, ¿no?

CLARA.—Deja que la reciba Joe para ver lo que quiere.

MARÍA.—¡Oh..., no!..., en el estado de ánimo en que se encuentra Joe, es preferible que la reciba yo. Dígale que pase, Ruby..., y... no es necesario que moleste a míster Helliwell. *(Sale* RUBY. *Las tres mujeres se sientan, en actitud que denota cierta ansiedad.* RUBY *introduce a* LOTTIE, *que entra sonriendo ampliamente.* MARÍA *se levanta, las otras dos permanecen sentadas.)*

MARÍA.—*(Nerviosa.)* Buenas noches.

LOTTIE.—Buenas noches.

MARÍA.—*(Adelantándose.)* ¿Deseaba verme?

LOTTIE.—*(Tranquilamente.)* No, no de manera muy especial. *(Se sienta con toda calma y mira a su alrededor. Las otras tres mujeres intercambian desconcertadas miradas.)*

MARÍA.—Esto..., no me he quedado con su nombre...

LOTTIE.—No se ha quedado con mi nombre, porque no se lo he dado. Pero, en fin, le diré que soy miss Lottie Grady.

MARÍA.—*(Con dignidad.)* Y yo soy mistress Helliwell.

LOTTIE.—*(Moviendo la cabeza.)* Si vamos a ponernos dignas, será mejor que aclaremos las cosas. «Usted no es mistress Helliwell». Usted es miss María Fawcet.

CLARA.—*(Pues o que* MARÍA *ha quedado demasiado aturdida para responder.)* Oiga, espere un momento...

LOTTIE.—*(Volviéndose hacia ella con burlona dulzura.)* Miss Clara Gawthorpe, ¿no es eso? Hija de Gawthorpe, verdulería, esquina de Park Road. *(Dirigiéndose a* ANNIE.) Me parece que no conozco su nombre de soltera...

ANNIE.—Para usted, soy mistress Parker.

LOTTIE.—Como usted quiera. A mí lo mismo me da. Yo soy muy «tolerante». *(Las contempla sonriente.)*

CLARA.—*(Con ira.)* Supongo que ha estado hablando con usted mistress Northrop.

LOTTIE.—Así es. Me encontré con ella en La Liebre y los Podencos, en donde he trabajado antes. Es una antigua amiga mía.

CLARA.—*(Colérica.)* Si ha venido aquí con intención de sacarnos dinero...

LOTTIE.—¿Quién ha hablado de dinero?

MARÍA.—Es de suponer que habrá venido a vernos con alguna intención.

LOTTIE.—*(Tranquilamente.)* ¡Oh!..., yo no he venido a verlas a ustedes.

ANNIE.—¿A quién ha venido a ver entonces?

LOTTIE.—*(Sonriendo.)* A un amigo, cariño.

CLARA.—*(Irritada.)* ¿A un «amigo»? En esta casa, no va «usted» a encontrar a ninguno de sus «amigos», ¿verdad, María?

MARÍA.—*(Indignada.)* ¡Por supuesto que no!

ANNIE.—Un momento, Clara. Me gustaría oír algo más acerca de esto.

LOTTIE.—Es usted muy prudente. Mire, si un caballero se encariña conmigo y me dice en más de una ocasión que, si no fuese porque ya está casado, se casaría conmigo...

CLARA.—*(Lúgubre.)* Continúe, continúe...

LOTTIE.—Bueno..., de pronto me entero de que, después de todo, no está casado ya..., y no se me puede censurar, ¿verdad que no?, si quiero saber si sigue pensando lo mismo. *(Mira radiante a las tres mujeres, mientras estas se contemplan con creciente consternación.)*

CLARA.—*(Atónita.)* Bueno, que me cuelguen...

ANNIE.—Ahora vamos a saber algo.

MARÍA.—*(Agitada.)* Clara..., Annie. *(Pausa. De pronto, a* LOTTIE.) ¿Quién fue? *(Suena el timbre de la puerta de la calle.)*

ANNIE.—Un momento, María, llega alguien más.

CLARA.—*(Iracunda.)* ¡Oh..., por amor de Dios! ¿Es que no puedes librarnos de ellos?

RUBY.—*(Se presenta con aire de importancia.)* ¡El re-ve-ren-do Cle-ment Mer-cer! *(Las tres mujeres se miran sobresaltadas, en el momento en que* MERCER, *eclesiástico grave y corpulento, entra y* RUBY *se retira.)*

MERCER.—*(Con simpatía.)* ¿Mistress Helliwell?

MARÍA.—*(Débilmente.)* Sí.

MERCER.—*(Tomándole un instante la mano.)* Mistress Helliwell, aunque no es usted miembro de mi congregación, le ruego com-

prenda que considero mi deber ofrecerle toda la ayuda que esté en mi mano proporcionarle.

MARÍA.—*(Confundida.)* Me temo..., que no comprendo nada..., míster Mercer.

MERCER.—Vamos, vamos, mistress Helliwell, no se preocupe. Tomémoslo todo con calma. ¿Permite que me siente? *(Coge una silla y la coloca en primer término. Siéntase* MERCER, *sonriendo a las mujeres.* MARÍA *se sienta igualmente.)*

ANNIE.—¿Le ha rogado alguien que venga usted aquí?

MERCER.—Sí, señora. Un obrero a quien conozco llamado Northrop, me ha detenido en la calle para decirme que viniese inmediatamente a casa del regidor Helliwell, puesto que se requería urgentemente aquí la presencia de un eclesiástico. Y aquí estoy a su entera disposición. (LOTTIE, *que corre el riesgo de estallar, se levanta y se acerca rápidamente al invernadero, en donde se queda dando la espalda a los demás.* MERCER *la mira perplejo, luego se vuelve a las otras tres.)* ¿De qué se trata? Espero que no sea una enfermedad realmente peligrosa.

MARÍA.—*(Turbada.)* No, no.

MERCER.—*(Un tanto desconcertado.)* ¡Ah!... He venido corriendo porque pensé que pudiera tratarse de algo así. Pero tal vez se trate de que consideran que algún joven miembro de su familia necesita urgente consejo espiritual. ¿Algún hijo o hija que anda por senderos extraviados? (LOTTIE *emite un ruido.)*

CLARA.—*(Resueltamente.)* No.

MERCER.—*(Perplejo.)* ¿Perdón?

CLARA.—He dicho «no». Quiero decir que no hay hijos ni hijas extraviados. Los maridos, eso es todo.

MERCER.—*(Levantándose.)* ¿Los maridos? (LOTTIE *prorrumpe súbitamente en carcajadas, volviéndose hacia ellos.* MERCER *la contempla desconcertado.)*

LOTTIE.—*(Riendo.)* Todo lo ha entendido al revés.

MERCER.—*(Molesto.)* ¿Sí? No comprendo...

LOTTIE.—Creo que lo que quieren es que los case usted.

MERCER.—*(Atónito.)* ¿Que los case?

ANNIE.—*(Levantándose, llena de espíritu.)* Vamos, María, es preciso hacer algo. *(A* MERCER.) Será mejor que hable con míster Helliwell...

MARÍA.—*(Que se ha levantado antes.)* Está en el comedor..., ahí en frente... *(Guiándole casi fuera.)* Pregúntele si cree que puede usted hacer algo por nosotros... *(Ya fuera de la estancia.)* Allí..., eso es...

CLARA.—*(A* LOTTIE.) ¿Quién de ellos fue? *(Vuelve* MARÍA, *agitada, y cierra la puerta, mientras* LOTTIE, *sonriendo, vuelve a ocupar su asiento.)*

LOTTIE.—Creo que han perdido una oportunidad... Al menos, la han perdido dos de ustedes.

MARÍA.—¡Dos de nosotras!

LOTTIE.—Bueno, ¿no recuerdan lo que les dije antes? *(En sus*

labios se dibuja una sonrisa reminiscente.) Le conocí aquí, en Cleckleywyke, pero en donde realmente estuvimos fue en Blackpool. Me dijo que se sentía solo, y ya saben lo que son los hombres cuando dicen que se sienten solos, especialmente en Blackpool.

CLARA.—*(Apresuradamente.)* No pudo ser Herbert. No ha estado nunca en Blackpool sin mí.

ANNIE.—Sí, Clara, sí ha estado. ¿No te acuerdas? Hace unos cuatro años...

CLARA.—*(Como herida por el rayo.)* ¡Y me dijo que aquella conferencia no le dejaba un minuto libre! Jamás creeré nada de lo que me diga. Pero tu Albert estaba con él en aquella ocasión.

ANNIE.—*(Lúgubre.)* Ya lo sé.

MARÍA.—Y Joe también. Me dijo que necesitaba un cambio.

LOTTIE.—*(Con dulzura.)* Bueno, a todos nos gusta cambiar un poco, ¿no? *(Entra* SOPPITT, *vacilando.* CLARA *es la primera en verle.)*

CLARA.—*(Agriamente.)* Vamos a ver, Herbert Soppitt...

SOPPITT.—Dime, Clara.

LOTTIE.—*(Saliendo a su encuentro.)* ¡Hola, Herbert!, ¿cómo estás estos días? *(Juguetona.)* No me habrás olvidado, ¿verdad?

SOPPITT.—¿Olvidarla? Me parece que aquí hay un error...

CLARA.—*(Hosca.)* ¡Oh..., pues claro que lo hay!

MARÍA.—Vamos, Clara, no seas demasiado dura con él. Supongo que no sería más que una broma.

SOPPITT.—Pero ¿a qué viene todo esto?

LOTTIE.—*(Juguetona.)* Vamos, Herbert...

SOPPITT.—*(Indignado.)* No me llame Herbert.

CLARA.—*(Iracunda.)* No; espere a que no esté yo presente.

ANNIE.—Seguramente no lo haría con mala intención.

SOPPITT.—*(Enfadado.)* ¿No haría «el qué»? *(Entra* ALBBERT PARKER, *con aspecto de cansancio.* SOPPITT *se dirige a él.)* Encontré a mistress Northrop, Albert.

LOTTIE.—¡Ah! Hola, Albert.

PARKER.—*(Mirándola fijamente.)* ¿Qué quiere decir eso de *Hola, Albert?*

LOTTIE.—*(Juguetonamente.)* Vamos, vamos, Albert... (PARKER *la mira asombrado, luego mira a las tres mujeres, terminando en su esposa.)*

ANNIE.—*(Con acritud.)* Sí, sí, Albert Parker, mírame. ¡Tú y tus vacaciones en Blackpool! Espero que te habrás gastado con ella más que conmigo en toda tu vida.

PARKER.—*(Vehemente.)* ¿Gastar más con «ella»? No la he visto en mi vida. ¿Quién es ella? (ANNIE *y* CLARA *se miran una a la otra, luego miran a* MARÍA, *quien las contempla con creciente consternación.)*

MARÍA.—No lo creo. No «quiero» creerlo. *(Se asoma* RUBY, *llena de excitación.)*

RUBY.—Ha parado un automóvil a la puerta de la casa.

CLARA.—*(Gritando a* RUBY, *que se marcha.)* Pues dígale que se

vuelva por donde ha venido. *(Sale* HELLIWELL *del comedor, tropezando con* RUBY, *que se va, y empieza a hablar excitadamente.)*

HELLIWELL.—*(Que está muy agitado.)* Pero ¿qué es lo que pasa aquí? ¡Un fotógrafo borracho y un eclesiástico loco...! *(Ve a* LOTTIE, *se le corta la respiración y se encoge visiblemente.)* «¡Lottie!»

MARÍA.—*(Furiosa.)* ¡Lottie! Así, pues, fuiste «tú», Joe Helliwell.

HELLIWELL.—¿Qué es lo que fui yo?

MARÍA.—Quien dijiste que te casarías con ella.

HELLIWELL.—*(Gritando desesperadamente.)* Eso no pasó de ser una broma.

MARÍA.—*(Con amargura.)* ¡Tú y tus bromas!

RUBY.—*(Con aire de importancia.)* El alcalde de Cleckleywyke, «Yorkshire Argus Telegraph and Mercury». *(Entra el* ALCALDE, *trayendo un estuche de trinchantes para pescado, y seguido de varios reporteros.)*

ALCALDE.—*(Pomposamente.)* Regidor y mistress Helliwell, el Consejo y la Corporación de Cleckleywyke se complacen en expresarles su más cordial felicitación con motivo de sus bodas de plata, y, junto con esa felicitación, les ofrecen este estuche de trinchantes para pescado. *(Ofrece el estuche a* MARÍA, *que se ha desplomado súbitamente en el canapé y está llorando. Rechaza el estuche con un movimiento de la mano, y el desconcertado* ALCALDE *se lo ofrece entonces a* HELLIWELL, *que ha estado contemplando, alternativa y exasperadamente, a su esposa, a* LOTTIE *y al* ALCALDE. HELLIWELL *coge el estuche, lo abre con ademán automático y, al ver lo que contiene, en su desesperación, grita furioso.)*

HELLIWELL.—¡Ya te dije, Fred, que no me gusta el pescado!

(TELON RAPIDO.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Aproximadamente un cuarto de hora después. RUBY está limpiando la habitación, comiéndose al mismo tiempo un enorme trozo de pastel. Sigue entregada a su faena durante unos momentos después de levantarse el telón, luego aparece cautelosamente NANCY en el invernadero, ve que en la habitación no hay nadie más que RUBY, se vuelve para hacer señas a GERALD y ambos entran en la pieza.

NANCY.—¿Qué ha pasado, Ruby?

RUBY.—Mejor será que pregunte qué no ha pasado. ¡Ay! La hemos tenido buena con unas cosas y otras.

NANCY.—*(Maliciosa, más que reprochadora.)* Ya ves lo que has hecho, Gerald.

RUBY.—¿Cómo? No habrá empezado él todo esto, ¿verdad? Porque si lo ha empezado, ya tiene algo por lo que responder.

NANCY.—¿Ha preguntado alguien por mí, Ruby?

RUBY.—No. Y apuesto cualquier cosa a que si se quedase fuera toda la noche, ni se enterarían ni les importaría.

GERALD.—Pero ¿qué es lo que ha sucedido, Ruby?

RUBY.—*(Confidencialmente.)* Desde hace media hora, esta casa parece un manicomio. Para empezar, el alcalde de Cleckleywike ha venido y se ha marchado...

NANCY.—¿El alcalde?

GERALD.—*(Divertido.)* ¿Y para qué han traído al alcalde?

RUBY.—No le ha traído nadie. Vino porque quiso... con un estuche de cosas para pescado y llevaba una cadena... como un chico disfrazado. Pero se marchó como una bala. Los periodistas fueron los que se quedaron...

GERALD.—Los periodistas, ¿eh?

RUBY.—Sí, y había muchos, pero no se quisieron marchar, como el alcalde. Míster Helliwell y míster Parker se los llevaron a la cocina, les dieron botellas de cerveza y seguramente todavía estarán allí. Mistress Helliwell está en su dormitorio..., muy triste..., y mistress Soppitt está con ella. Míster Soppitt y mistress Parker están por ahí fuera, en el jardín.

NANCY.—Ya te dije que había alguien allí.

RUBY.—Déjeme terminar. Hay una mujer con el pelo teñido, que se está lavando arriba, en el cuarto de baño, y nadie sabe lo que quiere, aparte de un buen baño. Abajo en el comedor hay un fo-

tógrafo piripi, que está tratando de discutir con el eclesiástico corpulento y está armando un lío imponente. *(Mutis* RUBY.)

GERALD.—Todo eso suena muy confuso en mis oídos.

NANCY.—Sí. Y lo mejor será que suba ahora que no hay nadie por aquí. ¡Oh..., Gerald!

GERALD.—¡Nancy!

NANCY.—¿Todavía me amas?

GERALD.—Sí, Nancy..., todavía..., aun después de toda una hora. *(Se besan. Entran* SOPPITT *y* ANNIE PARKER *del invernadero.)*

SOPPITT.—¡Caramba! ¡Parecen ustedes en muy buenos términos!

ANNIE.—Me parece que es usted la muchacha con quien le han visto.

SOPPITT.—¿Lo es?

NANCY.—Sí. Prácticamente estamos prometidos, ¿saben? Solo que tenía miedo de decirle nada todavía a mi tío Joe.

SOPPITT.—Pues no empiece esta noche...

ANNIE.—¿Y por qué no? Seguramente esta noche no estará tan satisfecho de sí mismo como de costumbre... Como tampoco lo estará otro que yo conozco.

NANCY.—Buenas noches.

ANNIE.—Buenas noches. ¿Por qué no salen un momento al jardín y se despiden como es debido? Solo se es joven una vez. *(Mutis* NANCY *y* GERALD *al invernadero.)* Sí, Herbert. Solo se es joven una vez. ¿Te acuerdas de aquella vez, poco después de tu llegada a Cleckleywyke, cuando fuimos todos al castillo de Barnard, en aquella excursión del coro?

SOPPITT.—Me acuerdo, Annie. En realidad, me parece que estuve bastante dulce contigo en aquella ocasión.

ANNIE.—¡Te parece! Yo sé que lo estuviste, Herbert Soppitt. ¿Te acuerdas del regreso en aquel carricoche?

SOPPITT.—¡Sí!

ANNIE.—¡Qué tiempos aquellos!

SOPPITT.—¡Sí!

ANNIE.—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir?

SOPPITT.—No. Pero podría decir demasiado.

ANNIE.—Si yo estuviera en tu lugar, creo que me arriesgaría por una vez.

SOPPITT.—¿Qué quieres decir, Annie?

ANNIE.—No te preocupes. Pero no has olvidado aquel carricoche, ¿verdad?

SOPPITT.—Naturalmente que no. *(Tiene un brazo en torno a la cintura de* ANNIE. *Entra* CLARA.) Hola, Clara.

CLARA.—¿Desde cuándo viene ocurriendo esto?

ANNIE.—Vamos, Clara, no seas tonta.

CLARA.—¡Ah!, soy yo la que no tiene que ser tonta, ¿verdad? Supongo que eso de tener el brazo de mi marido alrededor de tu cintura no es de tonta, ¿verdad? No sé cómo llamarás tú a esa clase de conducta...

SOPPITT.—Ha sido solo una broma.

CLARA.—¡Ah! ¿Y cuánto tiempo llevas gastando esta clase de bromas, como tú las llamas, Herbert Soppitt?

ANNIE.—Tienes una mentalidad muy sucia, Clara.

CLARA.—¡Vaya! ¡Hace falta descaro y desvergüenza! Decirme a mí que tengo una mentalidad sucia... Tiene que haberte llevado no poco tiempo el conseguir que Herbert se conduzca así contigo. No irás a decirme que se ha decidido él solo. Le conozco demasiado bien.

ANNIE.—¡Oh!... No seas estúpida, Clara. Me voy al jardín. Necesito aire fresco. *(Vase.)*

CLARA.—Bueno, Herbert Soppitt, ¿por qué no te vas con ella a respirar también un poco de aire fresco? Vamos, por mí no te preocupes. Ven aquí. (SOPPITT *no se mueve.)* ¿No me has oído? ¡Que vengas aquí!

SOPPITT.—¿Por qué había de hacerlo?

CLARA.—Porque te lo digo yo.

SOPPITT.—Ya lo sé. Te he oído perfectamente. Pero ¿quién crees que eres?

CLARA.—Herbert Soppitt, tú debes de estar mal de la cabeza.

SOPPITT.—No; yo no. Estoy perfectamente.

CLARA.—*(Asperamente.)* Será mejor que te vayas a casa y me dejes resolver a mí este asunto.

SOPPITT.—*(Valientemente.)* Ni lo pienses.

CLARA.—En mi opinión, es inútil que permanezcamos los dos aquí.

SOPPITT.—*(Tras una pausa.)* Pues entonces vete a casa.

CLARA.—¿Qué has dicho?

SOPPITT.—*(Valiente.)* He dicho que te vayas a casa. No estás haciendo aquí nada bueno. *(Ciega de ira,* CLARA *se dirige hacia él y le propina una sonora bofetada.)*

CLARA.—¡Toma! *(Retrocede un paso y se cruza de brazos.)* ¡Y ahora repite que me marche a casa, anda!

SOPPITT.—*(Lentamente, con impresionante acento, acercándose a ella.)* Clara, siempre he dicho que, independientemente de lo que hiciese ella, jamás le levantaría la mano a mi esposa...

CLARA.—¡Pues no faltaría más!

SOPPITT.—Pero, como tú no eres mi esposa, ¿qué te parece esto? *(Le propina una tremenda bofetada.* CLARA *se queda atónita.)*

CLARA.—¡Herbert!

SOPPITT.—*(Autoritario.)* Y ahora siéntate. *(Indica una silla.* CLARA *no obedece.* SOPPITT, *con tremenda voz de mando, repite:)* ¡Siéntate! (CLARA *se sienta, mirándole asombrada. Luego, abre la boca para hablar, pero* SOPPITT *se lo impide, tajante.)* ¡Cállate! Necesito pensar. *(Silencio.* CLARA *sigue mirándole asombrada.)*

CLARA.—*(En voz baja.)* No sé lo que te pasa, Herbert Soppitt.

SOPPITT.—*(Con fiereza.)* ¡Conque no, eh!

CLARA.—*(Impresionada.)* No, no lo sé.

SOPPITT.—*(Severo.* No creerás que voy a tolerar que una mujer me grite y me dé de bofetadas, ¿verdad?

CLARA.—Pero... es que nunca te has puesto así conmigo.

SOPPITT.—Exacto. Pero es que antes eras mi esposa.

CLARA.—*(Apresuradamente.)* Y lo soy ahora.

SOPPITT.—¡Oh, no!; ahora no. *(Saca la carta.)*

CLARA.—¡Dame esa carta!

SOPPITT.—¡Siéntate y cierra la boca, mujer! *(Entra* ALBERT PARKER.)

PARKER.—¿Dónde está Annie?

SOPPITT.—Está por ahí fuera... ¿Por qué no la buscas?

CLARA.—A lo mejor está escondiéndose... Y si hubieses visto lo que he visto yo esta noche, Albert Parker...

SOPPITT.—¡Ten la lengua antes que te ocurra algún daño!

CLARA.—Yo solo...

SOPPITT.—¡Calla!

PARKER.—¡Eh, un momento! Me gustaría oír un poco más de eso.

SOPPITT.—Entonces vas a sufrir una decepción. *(A* CLARA.) Vuelve con María Helliwell, ¡vamos!

PARKER.—Escucha, Clara, no vas a...

SOPPITT.—¡Tú ocúpate de tus asuntos! *(A* CLARA.) ¡Vete! ¡De prisa! *(Vase* CLARA.)

PARKER.—Has bebido bastante, ¿verdad, Herbert?

SOPPITT.—Sí, he tomado unos tragos mientras trataba de encontrar a esa mistress Northrop.

PARKER.—Ya decía yo.

SOPPITT.—Y tal vez beba todavía un poco más. Pero, tanto si lo hago como si no, es cuestión de mi incumbencia. Por una vez, haré lo que me plazca. Y si a alguno de vosotros no le gusta, tendrá que aguantarse.

PARKER.—¿Dónde dijiste que estaba mi mujer?

SOPPITT.—Ahí fuera, en el jardín.

PARKER.—*(Con aire de desaprobación.)* ¿Cómo? ¿A estas horas de la noche? *(Mira al jardín.)*

SOPPITT.—Sí... ¿Por qué no?

PARKER.—*(Con dignidad.)* Eso se lo diré a «ella». No es necesario que te lo diga a ti. No eres mi esposa.

SOPPITT.—En efecto. Y ella tampoco. No lo olvides. (PARKER *se acerca a la puerta y llama en voz alta.)*

PARKER.—¡Annie! ¡Eh..., Annie!

SOPPITT.—¿Por qué no sales a hablar con ella, en lugar de llamarla de ese modo..., como si fuese un perrito o algo parecido?

PARKER.—Porque me perjudica la humedad de la hierba a estas horas de la noche. No tengo deseos de atrapar un resfriado además de todo lo que ya tenemos encima. *(Vuelve a llamar.)* ¡Eh... Annie! *(Se vuelve hacia* SOPPITT.) He venido para hablar en privado con ella.

SOPPITT.—¡Oh!..., yo os dejo.

PARKER.—En mi opinión, ha habido entre nosotros demasiada cháchara colectiva, demasiados conciliábulos en torno a este ne-

cio asunto. Cualquiera creería que esto es una reunión de una comisión del gas, a juzgar por la forma en que nos hemos conducido hasta ahora. Lo que hace falta es intercambiar unas palabras serias, en privado, entre nosotros y nuestras respectivas esposas, y menos publicidad y menos dimes y diretes. *(Entra* ANNIE PARKER, *que viene del invernadero.)* ¡Ah..., ya estás aquí!

SOPPITT.—*(Marchándose.)* ¡Buena suerte, Annie!

PARKER.—*(Receloso.)* ¿Qué quieres decir?

SOPPITT.—*(Volviéndose desde la puerta.)* ¡Conciliábulos! *(Vase.)*

PARKER.—¡Herbert ha bebido un poco de más! Viene de perseguir a esa mujer por toda la población.

ANNIE.—*(Divertida.)* ¿Y bien, Albert?

PARKER.—*(Pomposo y complacido.)* Bien, Annie, voy a tranquilizarte.

ANNIE.—*(Sobriamente.)* Gracias, Albert.

PARKER.—*(Pomposo y complacido.)* Sí; no quiero que estés preocupada. Creo que admitirás que siempre he tratado de cumplir mi deber de esposo.

ANNIE.—Sí, Albert, creo que siempre lo has tratado.

PARKER.—*(Receloso.)* ¿Qué quieres decir?

ANNIE.—*(Sobriamente.)* Nada..., exactamente lo que has dicho tú.

PARKER.—*(Tras lanzar a su esposa otra mirada de recelo, vuelve a su tono anterior y se muestra insufriblemente protector.)* Desde luego, como nadie sabe mejor que tú, me hallo en una posición completamente distinta a la que ocupaba cuando me casé contigo...

ANNIE.—Cuando «creíste» que te casabas conmigo.

PARKER.—Bueno, sabes muy bien lo que quiero decir. En aquellos días, era yo simplemente el joven Albert Parker.

ANNIE.—Y ahora eres el consejero Albert Parker...

PARKER.—Lo cual es algo, ¿no? Aunque no lo es todo, ni mucho menos. He progresado en los negocios, he hecho dinero, he llegado a ser una personalidad en la capilla, vicepresidente de la Cricket League, miembro de comité del hospital, y así sucesivamente..., ¿eh?

ANNIE.—Sí, Albert, has progresado mucho.

PARKER.—*(Complacido.)* Lo sé. Pero nada de eso me ha hecho cambiar mucho. Yo no soy como otros. No tengo nada de jactancioso, ni de relamido. «Soy un hombre simple y sencillo.»

ANNIE.—*(Con cierta tristeza.)* Sí, Albert, lo eres.

PARKER.—*(Mirándola con recelo.)* Bueno, ¿qué hay de malo en ello? No irás a decirme que a tu edad...

ANNIE.—*(Interrumpiéndole indignada.)* ¡A mi edad!

PARKER.—Bueno, ya no eres una pollita, ¿no? Y repito que no irás a decirme que, a tu edad, te agradaría un poco de jactancia y ostentación...

ANNIE.—*(Gravemente.)* A veces me he preguntado...

PARKER.—*(Haciendo un ademán como para dejar todo aquello a un lado.)* No, no, no. Nadie sabe mejor que yo lo que a ti te

gusta. Y sabes muy bien lo buen esposo que he sido: reposado...

ANNIE.—*(Un tanto sombría.)* En efecto, muy reposado, Albert.

PARKER.—*(Complacido.)* Eso es lo que yo digo. Reposado. Seguro. Sin hacer tonterías con el dinero...

ANNIE.—*(En el mismo tono.)* Desde luego, Albert; tu peor enemigo no podría decir que has hecho tonterías con el dinero.

PARKER.—*(Complacido.)* Y, sin embargo, tampoco soy tacaño. No, no lo soy. Todo lo mejor..., siempre que se ha podido..., todo lo mejor, dentro de lo razonable, claro, dentro de lo razonable.

ANNIE.—Sí, dentro de lo razonable.

PARKER.—*(Sumido en un soñador éxtasis de complacencia.)* Siempre he sido un hombre razonable y seguro. Y constantemente avanzando, subiendo en el mundo, nunca satisfecho con lo que habría bastado a la mayoría de los hombres. Siempre adelante, adelante..., arriba, arriba... Cajero, gerente, copartícipe en el negocio..., consejero este año, regidor el próximo, tal vez alcalde dentro de poco. Así ha sido mi vida y así seguirá siendo. Mira, Annie, algunas veces he pensado que, al principio, no te diste cuenta cabal de lo que te había tocado en el sorteo. ¡Sí! *(Se extasía en la contemplación de su propia grandeza, mientras ella le observa fríamente.)*

ANNIE.—*(Tras una pausa.)* Bueno, Albert, ¿a qué viene todo esto?

PARKER.—*(Reanudando el hilo de su razonamiento.)* ¡Ah!, sí. Mira, Annie, estaba diciendo que he creído ser un buen esposo para ti. Bien entendido que no digo que tú hayas sido una mala esposa...; no, no digo eso...

ANNIE.—*(Secamente.)* Gracias, Albert.

PARKER.—*(Con grandes aires de protector.)* Por eso he pensado que debía tranquilizarte. No te preocupes acerca de esa cuestión de la boda. Si ha habido un error, ¿qué le vamos a hacer? Pero yo me ocuparé de arreglarlo todo, Annie. Haré que las cosas se arreglen discretamente y luego volveremos a casarnos... como es debido. *(Da unas palmaditas en el hombro a su esposa.)* Conozco mi deber como el que más... y me ocuparé de que te cases conmigo como es debido.

ANNIE.—Gracias, Albert.

PARKER.—Está bien, Annie, está bien. No digo que todos los hombres verían las cosas como yo..., pero... no importa... Conozco mi deber.

ANNIE.—¿Y yo?

PARKER.—*(Desconcertado.)* Bueno, ya te lo he dicho... Todo se arreglará.

ANNIE.—¿Y cómo lo sabes?

PARKER.—*(Apresuradamente.)* No seas tonta, Annie. Cuando yo digo que todo se arreglará, ya deberías saber a estas alturas que, en efecto, todo se arreglará.

ANNIE.—*(Lentamente.)* Pero es que yo no deseo casarme contigo.

PARKER.—*(Aturdido.)* «¿Cómo?»

ANNIE.—*(Lentamente.)* Mira, Albert, después de veinticinco años, ya he tenido bastante.

PARKER.—*(Horrorizado.)* ¿Que has tenido bastante?

ANNIE.—Sí, he tenido bastante. Hablas de tu deber. Pues bien, durante veinticinco años yo he cumplido con el mío. He fregado, guisado, limpiado y remendado para ti. He economizado, escatimado y ahorrado para ti. He escuchado durante horas y horas tu cháchara aburrida e interminable. Nunca se me han dado las gracias por ello. Apenas he tenido una diversión. Pero pensaba que era tu esposa y que me había casado contigo para bien y para mal, y que era mi deber soportarte...

PARKER.—*(Mirándola asombrado.)* ¡Soportarme!

ANNIE.—*(Fríamente.)* Sí, soportarte.

PARKER.—Pero ¿qué tengo yo de malo?

ANNIE.—*(Fríamente.)* Para empezar, eres tremendamente egoísta. Sin embargo, supongo que la mayoría de los hombres lo son. Eres idiotamente engreído. Aunque también lo son casi todos los hombres. Pero, al menos, hay muchos hombres que son generosos. Y tú eres muy tacaño. Algunos hombres son divertidos. Tú, en cambio, excepto cuando adoptas esos aires tan pomposos y ostentosos, no eres nada divertido. Eres aburrido y pesado...

PARKER.—¡No!

ANNIE.—*(Firmemente.)* Sí, Albert. «Muy» aburrido y «muy» pesado, y extremadamente tacaño.

PARKER.—*(Mirándola como si viese a una mujer extraña.)* ¿Te ha sugerido alguien todo eso?

ANNIE.—No; lo he estado pensando desde hace mucho tiempo.

PARKER.—¿Cuánto tiempo?

ANNIE.—Cerca de veinticinco años.

PARKER.—*(Medio aturdido, medio indignado.)* ¡Tú..., tú... tú..., pequeña «serpiente»!

ANNIE.—*(Haciendo caso omiso de esto.)* Así, pues, ahora quiero disfrutar un poco de la vida. Me gustaría divertirme un poco antes de convertirme en una anciana.

PARKER.—*(Horrorizado.)* «¡Divertirte! ¡Divertirte!» ¿Qué entiendes tú por divertirte?

ANNIE.—*(Fríamente.)* ¡Oh!..., nada de escandaloso y terrible..., hallarme lejos de ti, por ejemplo...

PARKER.—*(En voz alta y dolorida.)* ¡Basta! ¡Basta! Annie Parker..., debería darte vergüenza...

ANNIE.—*(Soñadora.)* Pues no me da. Viajar un poco..., vivir..., ver gentes divertidas..., y nada de negocios de lana, ni de consejeros municipales, ni de diáconos de la capilla...

PARKER.—*(Gritando iracundo.)* ¿Por qué no te tiñes el pelo, te pintas la cara y te presentas en un escenario con traje de malla?

ANNIE.—*(Gravemente.)* Ojalá pudiera. (PARKER *gime desesperado al oír esto. Se asoma* RUBY.)

RUBY.—*(En voz alta y animosa.)* Dice míster Soppitt que si no han terminado todavía, será mejor que se marchen en seguida a otra parte, porque vienen todos aquí.

PARKER.—*(Colérico.)* Pues no, no hemos terminado.

ANNIE.—*(Fríamente.)* Sí hemos terminado. (RUBY *asiente con un movimiento de cabeza y deja la puerta abierta.)*

PARKER.—*(En voz alta.)* Escucha, Annie, hablemos con un poco de sentido común por un minuto...

ANNIE.—Van a oírte todos. La puerta está abierta.

PARKER.—¡Maldita sea...! *(Va a cerrar la puerta, pero en ese momento entran* SOPPITT *y* CLARA.)

SOPPITT.—*(Divertido.)* Hola, Albert. ¿Qué es lo que te ha dejado tan pasmado?

PARKER.—*(Molesto.)* Si considero oportuno estar pasmado, pues estoy pasmado, sin necesidad de solicitar para ello tu opinión, Herbert.

SOPPITT.—¡Conciliábulos!

PARKER.—¡Cállate ya! Oye, Clara: ¿dirías tú de mí que soy un tacaño?

CLARA.—Bueno, nunca has tenido fama de manirroto, Albert.

PARKER.—*(Indignado.)* Siempre he sido tan generoso como cualquiera. Y nunca he dejado de pagar mi parte, ¿sabes? ¡Llamarle tacaño a uno solo porque no es dado a la ostentación..., porque no es...

ANNIE.—*(Remedándole fría y burlescamente.)* ¡Re-la-mi-do!

SOPPITT.—Bueno, no le atormentes más, Annie.

PARKER.—*(Indignado.)* ¡Atormentarme a mí! A mí no me atormenta nadie. Tiene gracia que digas eso «tú», Herbert; tú, que durante años has sido el hazmerreír de la gente.

CLARA.—*(Con ira.)* ¿El qué?

PARKER.—El hazmerreír.

CLARA.—Ya lo he oído. Pero ¿por qué?

PARKER.—¡Oh! Pues por calzonazos. Pregúntale a cualquiera que lleve pantalones en tu casa.

ANNIE.—Albert, no seas tan vulgar.

PARKER.—Pues hace un instante tú deseabas llevar un traje de malla.

ANNIE.—Era un modo de hablar.

PARKER.—¿Cómo puede ser un modo de hablar? O lo llevas o no lo llevas. *(Entran* LOTTIE *y* JOE HELLIWELL.)

LOTTIE.—¿Qué es eso de un traje de malla?

PARKER.—Si quiere un buen consejo, lo mejor será que se marche en seguida.

LOTTIE.—Desde luego, eso es lo único que es usted capaz de dar. *(A* ANNIE.) Me parece un tipo la mar de tacaño.

PARKER.—¡Tacaño! Si esta noche vuelve a decirme alguien eso..., lo va a sentir. *(Mutis* PARKER.)

HELLIWELL.—Por menos de un comino, me marcharía ahora mis-

mo de esta casa o haría salir de ella a todo el mundo. En mi vida he visto cosa igual..., ¡hay gente por todos los rincones!

ANNIE.—¿Dónde está la pobre María?

SOPPITT.—¡Clara! *(Hacen mutis* SOPPITT, CLARA *y* ANNIE.)

HELLIWELL.—Vamos, Lottie, sé razonable. Como travesura pase, pero no creo que te propongas causar un mal verdadero...

LOTTIE.—¿Dónde está el mal? ¿No me dijiste más de una vez que si no fuera porque ya estabas casado...?

HELLIWELL.—*(Apremiante.)* Mira, Lottie, sabes muy bien que aquello no fue más que una broma. Cuando un hombre está de vacaciones en un sitio como Blackpool y toma unas copas de más, sabes perfectamente que dice muchas cosas que no siente...

LOTTIE.—*(Indignada.)* Ya comprendo. Me cuentas un cuento y luego te ríes de mí a mis espaldas, ¿no?

HELLIWELL.—*(Apurado.)* No, Lottie, no quiero decir eso. Nadie te admira más que yo. Eres una buena muchacha, y muy comprensiva. Pero tienes que ser razonable. ¡Venir aquí de ese modo, cuando sabes tan bien como yo que todo fue una pequeña broma! *(Entra* MARÍA. *Está vestida para salir a la calle y trae algunos libros en los que se llevan las cuentas de la casa, unas llaves y varios pares de calcetines.)*

MARÍA.—*(En la puerta, dejándola abierta; hoscamente.)* Un momento, Joe Helliwell.

HELLIWELL.—*(Gimiendo.)* ¡Oh..., Santo Cristo! *(Se fija en el vestido de calle de su esposa.)* ¿Adónde vas, María?

MARÍA.—*(Resuelta, aunque un poco llorosa.)* Me vuelvo a casa de mi madre.

HELLIWELL.—«¡A casa de tu madre!» Si vas a casa de tu madre en ese estado de ánimo y a estas horas de la noche, le dará un ataque.

LOTTIE.—Desde luego. Debe de tener unos noventa años.

MARÍA.—*(Iracunda.)* Tiene setenta y dos años. *(Pausa.)* Y métase en sus cosas. Aquí le traigo algunas, de momento.

LOTTIE.—¿Qué quiere decir?

MARÍA.—*(Indicando las cosas que lleva.)* Algunas de sus obligaciones. A ver si le agradan. Lo encontrará un poco diferente a divertirse con los hombres detrás del bar.

HELLIWELL.—¿De qué diablos coronados estás hablando?

MARÍA.—Estoy hablando de ella. Si quiere hacerse cargo de mis obligaciones, ahí las tiene.

LOTTIE } Oiga, un momento...
HELLIWELL } Escucha, María...

MARÍA.—*(Los hace callar enarbolando las llaves y agitándolas ruidosamente.)* Aquí están todas las llaves, y será mejor que empiece a enterarse de dónde son. *(Las deja en la mesa que hay detrás del sillón.)* Y no olvide que acabo de despedir a la criada, y no espere que Ruby se quede. Tendrá que arreglárselas sola durante unos días. El verdulero viene a las diez y el carnicero, a las...

HELLIWELL.—*(Gritando.)* ¿Qué importa la hora a que viene el carnicero?

MARÍA.—*(Con calma.)* Estoy hablando con ella, no contigo. *(A* LOTTIE, *que está atónita.)* Estos son los libros de cuentas, y tendrá que tenerlos en orden el viernes si no quiere que Joe arme un alboroto. Aquí tiene.

LOTTIE.—*(Retrocediendo.)* No los quiero.

HELLIWELL.—*(Acosado.)* Pues claro que no...

MARÍA.—No puede gobernar esta casa sin ellos. Así lo dijiste tú mismo. *(Arroja los libros al canapé.)*

HELLIWELL.—Ya sé que lo dije, pero eso no tiene nada que ver con ella.

MARÍA.—Entonces ¿para qué ha venido aquí? *(A* LOTTIE, *mostrándole los calcetines.)* Y aquí tiene cinco pares de calcetines y otro par de lana, *(Los cuelga en el respaldo del canapé.)* que es preciso zurcir. Le aconsejo que empiece en seguida. Arriba encontrará tres camisas y otros dos pares de calcetines de lana, que tendrá que repasar mañana. Y ya puede ir pensando en la comida de mañana, porque Joe siempre quiere tomar algo «caliente» y es muy «particular»... *(Se vuelve hacia la puerta.)*

LOTTIE.—*(Espantada.)* Oiga, pero ¿qué se ha creído que soy yo?

HELLIWELL.—Escucha, María, lo está tomando todo al revés. Nadie sabe mejor que yo lo buena esposa que eres. Ten un poco de sentido común, cariño. Todo es un error.

MARÍA.—Hay otras muchas cosas de las cuales tendrá que ocuparse, y mientras se ocupa de ellas y también de él, yo estaré en Blackpool. *(Sale, seguida de* HELLIWELL. *Entra* ORMONROYD.)

ORMONROYD.—Yo conozco esa cara.

LOTTIE.—Harry Ormonroyd.

ORMONROYD.—Lottie, mi bella Lottie. Ya veo que no me has olvidado.

LOTTIE.—¡Olvidarte! Eso nunca. Oye, ¿no ibas a hacerles unas fotos?

ORMONROYD.—Sí, un grupo para el «Yorkshire Argus». Componen un hermoso cuadro..., un cuadro hermosísimo.

LOTTIE.—¡Un hermoso cuadro! Pero ¿no lo sabes? ¿No te lo han dicho? *(Estalla en estruendosas carcajadas.)*

ORMONROYD.—Bueno, ¿qué ocurre? Deja de reír ya. Toma un trago de oporto.

LOTTIE.—Bueno, no me vendrá mal.

ORMONROYD.—Ciertamente, ciertamente. Esta noche el campo es nuestro.

LOTTIE.—Eso es. El campo es nuestro. ¡Viva!

ORMONROY.—Todo de lo mejor, Lottie.

LOTTIE.—Es un oporto estupendo este, ¿eh? Joe Helliwell se da la gran vida, ¿eh?

ORMONROYD.—Desde luego. Aquí encontrarás todo muy confortable, Lottie. Oye, alguien me ha dicho que has vuelto al Talbot.

LOTTIE.—Estuve allí hasta Navidad. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Alguien que yo conozca?

ORMONROYD.—*(Solemne.)* Sí..., espera un momento. Le conoces. Los dos le conocemos. Le tengo en la punta de la lengua. Esto... *(No puede recordar.)*, no. Pero me acordaré, Lottie, me acordaré.

LOTTIE.—Después tuve que volver a casa. Nuestra Violet..., te acuerdas de nuestra Violet, ¿no?..., se casó con un sargento del regimiento del Duque de Wellington..., los del sucio Treinta y Tres..., y ahora está en la India.

ORMONROYD.—*(Recordando, con aire de triunfo.)* ¡Tommy Toothill!

LOTTIE.—¿Qué pasa con él?

ORMONROYD.—*(Desconcertado por la pregunta.)* Pero ¿no has preguntado por él?

LOTTIE.—No. Tengo que hacer algo mejor que preguntar por Tommy Toothill.

ORMONROYD.—*(Sin salir de su perplejidad.)* Desde luego, Lottie. Pero ¿qué era lo que estábamos diciendo de él? ¿No dijiste que se había ido a la India?

LOTTIE.—No, cabeza de chorlito. Quien se ha ido ha sido nuestra Violet. ¡Ah, ya recuerdo! Seguramente ha sido Tommy Toothill quien te ha dicho que yo estaba trabajando en el Talbot, ¿eh?

ORMONROYD.—*(Todavía desconcertado.)* Sí, eso ya lo sé. Pero ¿qué tiene que ver eso, Lottie? ¿No estás un poco discutidora esta noche, cariño?

LOTTIE.—*(De buen talante.)* No, no lo estoy; pero tú tienes un par de copas de más.

ORMONROYD.—Nada de eso, cariño; estoy perfectamente. Oye, ¿qué le ha pasado a tu Violet?

LOTTIE.—*(Impaciente.)* Se casó con un sargento y se marchó a la India.

ORMONROYD.—*(Triunfante.)* Pues claro que sí. Alguien me lo ha dicho..., no hace mucho.

LOTTIE.—Te lo he dicho yo.

ORMONROYD.—*(En tono de reproche.)* Ya lo sé, ya lo sé... No estoy sordo. Pero también me lo ha dicho alguien más. ¡Ah, sí!... ¡Tommy Toothill!

LOTTIE.—Se te ha metido ese nombre en la cabeza, ¿eh? Bueno, luego fui a Whitsun..., tomé un empleo en Bridlington..., pero solo estuve allí tres semanas. No había vida..., y les dije: «No me importa trabajar, pero me gusta vivir un poco.»

ORMONROYD.—A mí me pasa lo mismo. Vivamos un poco, eso es lo que yo digo. Y, sin embargo, aquí, estamos los dos, hundiéndonos en la melancolía solo porque Tommy Toothill se ha marchado a la India.

LOTTIE.—Ese no se ha marchado, so cernícalo; ha sido nuestra Violet. Bueno, Harry, me deprimes.

ORMONROYD.—Pues vamos a cantar, como en los buenos tiempos.

LOTTIE.—Eso es, viejo diablo. Me alegro mucho de verte.

ORMONROYD.—Los viejos y buenos tiempos, Lottie; los viejos y buenos tiempos. *(Cantan. Son interrumpidos por la entrada de* HELLIWELL, PARKER *y* SOPPITT.)

HELLIWELL.—¿Qué diablos se han creído que es esto? ¿Una taberna? El «Yorkshire Argus» le llama por teléfono.

LOTTIE.—Vamos, cariño, te ayudaré.

HELLIWELL.—Y después pueden irse a casa.

ORMONROYD.—Le veré más tarde. *(Mutis* ORMONROYD *y* LOTTIE.)

PARKER.—Lo que hace falta es que hablemos seriamente en privado.

HELLIWELL.—Sí, sí, Albert. Ya lo sé. Pero déjale respirar a uno. Acabo de persuadir a María para que no se vaya a casa de su madre.

PARKER.—¿Y qué puede hacer su madre en este caso?

HELLIWELL.—¡Oh!... No empieces a hacer preguntas... Déjalo, Albert, déjalo. Y permíteme respirar un momento. *(Entran las tres esposas, con los sombreros y los abrigos puestos.)*

ANNIE.—Vamos a ver..., Albert..., Joe..., Herbert...

HELLIWELL.—¿Qué es esto? ¿Un ultimátum?

MARÍA.—Joe Helliwell, deseo que respondas a una pregunta.

HELLIWELL.—Tú dirás, María.

MARÍA.—Joe, ¿me amas?

HELLIWELL.—*(Embarazado.)* ¿Qué clase de pregunta es esa para venir a hacérmela..., aquí? ¿Por qué no me lo has preguntado arriba?

MARÍA.—*(Solemne.)* De una vez y para siempre, ¿me amas, sí o no?

HELLIWELL.—Sí, pues claro que sí, cariño.

MARÍA.—Entonces ¿por qué no lo has dicho antes? *(Las tres mujeres se sientan y se quitan los sombreros.)*

PARKER.—*(Como disponiéndose a pronunciar un largo discurso.)* Y ahora que estamos solos, ya es hora de que empecemos a reflexionar seriamente. Porque nada sacaremos en limpio corriendo por toda la casa como locos...

MARÍA.—Eso está bien, Albert.

PARKER.—Sí, pero déjame terminar, María. Nosotros... *(Es interrumpido por la aparición de* RUBY *en la puerta.)*

RUBY.—*(En voz alta y animosa.)* ¡Ha vuelto!

MARÍA.—¿Quién ha vuelto?

RUBY.—Mistress Northrop. *(Se retira, dejando abierta la puerta.)*

HELLIWELL.—*(En voz alta, desesperado.)* ¡Oh!... ¡Jerusalén!... No necesitamos a esa mujer para nada...

MISTRESS NORTHROP.—*(Aparece en la puerta, llevando todavía su bolsa, toda arrebolada.)* Si no me necesita para nada, ¿por qué le ha mandado a buscarme para pedirme que viniese? No saben ni lo que quieren. *(A* MARÍA.) Y ya sabe que todavía no ha arreglado las cuentas conmigo.

HELLIWELL.—*(Enfadado.)* ¡Fuera!

PARKER.—*(Apresuradamente, con ansiedad.)* Un momento, Joe. No podemos dejar que se marche así para que vaya contando por ahí todo lo que sabe. Mañana seríamos el hazmerreír de todo Cleckleywyke.

MISTRESS NORTHROP.—*(Despectiva.)* Usted lo es desde hace muchos años, amiguito. Prefiero a Joe Helliwell. Al menos, Joe se ha divertido un poco en sus tiempos. Pero usted ha sido siempre un tacaño.

PARKER.—*(Dolido por el eterno epíteto.)* «¡Tacaño!» Si esta noche me vuelve a decir alguien eso, se va a acordar, y no me importa quién sea.

HELLIWELL.—*(A* MISTRESS NORTHROP.) Le he dicho que se marche... ¡Pronto!

MISTRESS NORTHROP.—*(Llena de malicia.)* Con mucho gusto. No me gusta esta fiesta. Aquí no hay quien se divierta. Hay una o dos caras que pararían un reloj, cuanto más una fiesta. Pero ya verán lo que es bueno cuando algunos de los que yo conozco se enteren de todo esto... Los van a oír reír desde el otro lado de la fábrica...

PARKER.—No podemos dejarla marchar en semejante estado de ánimo.

CLARA.—Deberías acusarla de hurto.

MISTRESS NORTHROP.—*(Horrorizada.)* ¡Hurto! Señora, por menos de un comino, le arranco la cabeza de un puñetazo. En mi vida he tocado nada que no fuese mío. *(Se asoma* RUBY. MISTRESS NORTHROP *la ve.)* ¿Qué hay, monada?

RUBY.—*(Con voz fuerte, dirigiéndose especialmente a* HELLIWELL.) Ese fotógrafo se ha quedado dormido y está roncando al lado del teléfono.

HELLIWELL.—*(Irritado.)* Pues despiértele y dígale que se marche a su casa. (RUBY *se retira.* MISTRESS NORTHROP *toma nuevamente la palabra.)*

MISTRESS NORTHROP.—*(Significativamente.)* Pero «podría» tener cerrada la boca si valiese la pena...

CLARA.—*(Casi silbando las palabras.)* ¡Eso es chantaje!

SOPPITT.—*(Apresuradamente.)* ¡Cállate, Clara!

MISTRESS NORTHROP.—*(Mirándole.)* ¡Hola! Ya ha vuelto a la vida, ¿eh?

HELLIWELL.—*(A* MISTRESS NORTHROP.) ¿Cuánto quiere?

MARÍA.—*(Indignada.)* Yo no le daría ni un penique.

CLARA.—*(Rápidamente.)* Ni yo tampoco.

PARKER.—*(Idem.)* ¿Podemos fiarnos de ella? No tenemos ninguna garantía.

SOPPITT.—*(Idem.)* Podría firmar algo.

ANNIE.—*(Idem.)* Eso sería una tontería.

MARÍA.—*(Idem.)* ¡Ni un solo penique!

HELLIWELL.—*(Enfadado.)* ¿Me dejáis meter una palabra «a mí»? ¿Queréis callaros un momento? Vamos a ver...

RUBY.—*(Asomándose.)* Míster Helliwell...

HELLIWELL.—*(Impaciente.)* ¿Qué?

RUBY.—Le he despertado y le he dicho que se marche a casa. Pero dice que está en su casa. *(Se retira al ver que* HELLIWELL, *presa de tremenda ira, golpea el suelo con los pies.)*

HELLIWELL.—*(A voz en cuello.)* Pero ¿qué es esto? ¿Un maldito manicomio?

MERCER.—*(Desde fuera, pero acercándose.)* ¡Míster Helliwell! ¡Por favor!

HELLIWELL.—*(Gimiendo.)* ¡Oh!... ¡Por el valle de Josafat!... ¡Otro! *(Entra* MERCER.)

MERCER.—*(Con severidad.)* Míster Helliwell, no puedo permitirle que utilice semejante lenguaje. Es totalmente innecesario.

HELLIWELL.—*(Protestando.)* No diría eso si...

MERCER.—*(Atajándole.)* «Totalmente» innecesario. Un poco de paciencia..., un poco de serena reflexión..., eso es lo que hace falta aquí.

HELLIWELL.—¿Lo cree posible con gentes así? *(Indica a* MISTRESS NORTHROP.)

MERCER.—*(Sorprendido y con aire de desaprobación.)* ¡Mistress Northrop! ¿Qué hace usted aquí?

MARÍA.—*(Rápidamente.)* ¡Incordiar!

MERCER.—*(Antes que* MISTRESS NORTHROP *pueda decir nada.)* Incordiando, ¿eh? *(Se inclina ligeramente, cerca de ella.)* Y ha vuelto a beber.

MISTRESS NORTHROP.—*(Humilde, cariacontecida.)* Solo un traguito... Y por que estaba un poco trastornada...

MERCER.—*(Acusadoramente.)* Y luego viene aquí a molestar. ¡T-t-t-t! ¿Qué se puede hacer con usted? Estoy avergonzado de usted, después de todas sus promesas...

MISTRESS NORTHROP.—*(Humilde y lisonjera.)* ¡Oh!..., míster Mercer..., usted es un hombre maravilloso..., el único predicador de todo Cleckleywyke a quien vale la pena escuchar. *(A los otros, rotundamente.)* ¡Aaah!... No saben lo buen predicador que es míster Mercer. ¡Es como..., como... un león! *(A* MERCER, *con admiración.)* Sí, es usted todo eso y más.

MERCER.—*(Vivamente, con autoridad.)* Vamos, mistress Northrop, la lisonja no servirá de nada. Ha incumplido usted todas sus promesas. Estoy avergonzado de usted.

MISTRESS NORTHROP.—*(Casi llorosa.)* Por favor..., míster Mercer...

MERCER.—Ahora, márchese a casa tranquilamente.

MARÍA.—*(Rápida.)* Hablará de nosotros a todo el mundo.

MERCER.—No podemos permitirlo. Mistress Northrop, tiene que hacerme una solemne promesa.

MISTRESS NORTHROP.—*(Alzando la mirada hacia él, humildemente.)* Sí, míster Mercer.

MERCER.—Prometa, solemnemente, que no contará a nadie lo que esta noche ha oído aquí. Prométamelo.

MISTRESS NORTHROP.—*(Con voz trémula y solemne.)* Lo prometo. *(Haciendo los gestos adecuados.)* Sobria o bebida..., que me muera.

MERCER.—T-t-t-t... Pero, en fin, supongo que bastará. Ahora márchese tranquilamente a casa y sea buena. Buenas noches, mistress Northrop.

MISTRESS NORTHROP.—*(Humildemente.)* Buenas noches, míster Mercer, y muchas gracias. *(Se vuelve en la puerta para dirigirse a todos.)* ¡Aaah!... ¡Es un león...! *(Con vehemencia, lanzando el último dardo.)* Vale más que todos ustedes juntos. *(Vase.)*

HELLIWELL.—*(Con alivio.)* Bueno, ya nos hemos librado de una. *(A* MERCER.) ¿Ha estudiado usted esa carta, míster Mercer?

MERCER.—*(Sacándola.)* La he estudiado detenidamente. *(Con acento impresionante.)* ¿Y saben ustedes lo que pienso?

VARIOS DE ELLOS.—*(Con ansiedad.)* No. Díganos. *(Etcétera.)*

MERCER.—*(Lentamente.)* Esta carta..., en mi opinión..., es perfectamente genuina.

HELLIWELL.—*(Con disgusto.)* Creí que iba a decirnos algo que no supiésemos.

MERCER.—*(Haciendo caso omiso de esta observación.)* Siento mucho decirlo, pero, evidentemente, ninguno de ustedes está realmente casado.

PARKER.—*(Con amargura.)* Ya lo sabemos; no lo restriegue usted tanto. *(Esperanzado.)* A menos que esté dispuesto a casarnos usted mismo..., ahora..., discretamente.

MERCER.—*(Indignado.)* De ninguna manera. Eso es de todo punto imposible.

HELLIWELL.—*(Impaciente.)* Bueno..., ¿qué diablos vamos a hacer entonces?

MERCER.—*(Volviéndose hacia él, en actitud impresionante.)* Estimado señor... *(En seguida, con brusca transición.)* No lo sé.

HELLIWELL.—*(Disgustado.)* ¡Oh!... ¡Santo Cristo!...

MERCER.—No obstante, si quiere conocer mi opinión definitiva, le diré que si en esta casa hubiese menos mal humor y menos expresiones fuertes, y un poco más de paciencia y de serena reflexión, tendrían todos más posibilidades de encontrar solución a sus asuntos.

HELLIWELL.—*(Exasperado.)* Y yo le diré a mi vez que me estoy cansando un poco de usted, míster Mercer.

MERCER.—*(Encendido de ira, dominando con su estatura a* HELLIWELL.) ¿Cómo? Después de hacerme perder el tiempo, ¿tiene usted la audacia de...? ¡Tome! (HELLIWELL *se encoge acobardado, pero lo que le dan es una carta.)* Buenas noches, señor. Buenas noches, señoras. *(Se marcha dando portazos.* HELLIWELL *respira penosamente y se enjuga el rostro.)*

HELLIWELL.—Bueno, ya nos hemos librado de otro.

PARKER.—*(Empieza a hablar con su habitual estilo.)* Lo que hace falta ahora es...

CLARA.—*(Le interrumpe, imitándole.)* Pronunciar unas graves palabras. Ya lo sabemos. Pero lo que realmente hace falta ahora es pensar un poco con la cabeza, cosa que no sé de dónde va a salir.

HELLIWELL.—*(Con severidad, a* CLARA.) Saldrá de mí, si te callas un minuto. *(Se concentran todos en sus pensamientos, y en ese momento* ORMONROYD, *llevando todavía en la mano un gran vaso de cerveza, penetra en la estancia y se sienta en la silla del centro, mientras todos le observan asombrados y llenos de disgusto.)*

ORMONROYD.—*(Animoso.)* Veamos..., ¿de qué estábamos hablando?

PARKER.—*(Iracundo.)* No estábamos hablando de nada con usted.

ORMONROYD.—*(Ignorando esta réplica.)* No me importaría jugar una partidita a las cartas. *(A* HELLIWELL, *que parece desesperado.)* A mí me gusta jugar al solo, ¿y a usted?

HELLIWELL.—No. Le dije que se marchase a su casa.

ORMONROYD.—*(En tono de reproche.)* Pero querrá que les haga una fotografía en grupo, ¿no?

PARKER.—Esta noche no hará usted ninguna fotografía en esta casa.

ORMONROYD.—Es curioso que diga usted eso. Yo soy un poco observador..., en mi profesión hay que serlo..., y no he dejado de darme cuenta de que en esta casa hay esta noche algunas personas que no están en sus cabales. No, aquí hay algo que no marcha como es debido..., créame...

CLARA.—¡Oh!..., por amor de Dios...

ORMONROYD.—*(A* HELLIWELL.) La gente tiene que estar a gusto y sin preocupaciones para retratarse. Nadie se retrata cuando le duelen las muelas, ¿sabe?

SOPPITT.—*(Gravemente.)* Así es, en efecto. Nunca se me ha ocurrido pensar en eso.

ORMONROYD.—¿Su nombre, señor?

SOPPITT.—Soppitt.

ORMONROYD.—Ormonroyd, para servirle. Hay reflexión en ese rostro. Me gustaría hacerle alguna vez una hermosa fotografía en sepia. Recuérdemelo, míster Soppitt. *(Entra* LOTTIE.) ¡Ah!, ¿estás ahí, Lottie? Ven aquí con nosotros.

MARÍA.—*(A* LOTTIE.) Creí que se habría ido hace ya mucho rato.

HELLIWELL.—Hace media hora, prometiste que te marcharías.

CLARA.—*(Levantándose.)* Deberíamos llamar a la Policía.

ORMONROYD.—¿Por qué se meten con Lottie? ¿Por qué no viven y dejan vivir? Todos estamos en la misma barca. Todos venimos a este mundo sin saber por qué. Todos nos marchamos cuando nos llega la hora, sin saber adónde. Si viven un poco mejor que otros, muestren su gratitud. Y si no tienen penas ni se ponen nunca en ridículo, muestren también su gratitud, porque es muy fácil sufrir ambas cosas. Lo que yo digo es que todos somos humanos, ¿no?

ANNIE.—En efecto, míster Ormonroyd, y muchas gracias.

PARKER.—¿Por qué le das las gracias? ¿Quién es este hombre para decirnos lo que debemos hacer?

CLARA.—Descaro, llamo yo a esa figura. *(Suena el teléfono.)*

ORMONROYD.—¿Quién, yo? No soy mucho. Pero, puesto que prefiere mostrarse desagradable, consejero Albert Parker, recuerde que, aunque no sea nada, trabajo para un periódico. Detrás de mí está la Prensa, no lo olvide. Y la Prensa es hoy en el mundo una fuerza poderosa... *(Entra* RUBY.)

RUBY.—Sonó el teléfono, y cuando yo pregunté: «¿Quién es?», me contestó uno: «Yorkshire Argus.» «¿Está ahí Ormonroyd, nuestro fotógrafo?» Y cuando yo he dicho: «Sí, todavía está aquí», él ha dicho: «Bueno, pues dígale que está despedido.» Está usted despedido. Lo siento. *(Mutis* RUBY.)

ORMONROYD.—*(Súbitamente abrumado.)* Así es, muchacha. He dejado por ahí un saquito, ¿verdad?

LOTTIE.—Debes de haberlo dejado en el Lion, Harry.

PARKER.—No creí que pudiese cargar con un saco.

ANNIE.—Cállate, Albert.

LOTTIE.—Vamos, Harry, viejo diablo, no es para tanto.

ORMONROYD.—No es para menos. No sé qué voy a hacer.

LOTTIE.—Vamos, muchacho, no te entregues nunca. Hemos visto muchas cosas en este mundo y veremos muchas todavía antes que nos arrojen al estercolero. *(A todos los demás.)* Por menos de un comino, me le llevaría ahora mismo y les dejaría a ustedes que arreglasen solos sus problemas..., si pueden.

HELLIWELL.—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver este hombre con nuestros problemas?

LOTTIE.—Mucho. Vamos, Harry, diles dónde te casaste.

ORMONROYD.—No, Lottie; a ellos no les interesan mis desdichas.

PARKER.—Ya tenemos bastante con las nuestras, sin necesidad de cargar con las de los demás.

ANNIE.—No, Albert. Hable usted, míster Ormonroyd.

LOTTIE.—Diles dónde te casaste.

ORMONROYD.—En la capilla de Lane End..., hace veinticinco años.

HELLIWELL.—¡Caramba! Entonces debe de estar en la misma barca que nosotros.

ORMONROYD.—Fue otra de mis numerosas desgracias.

CLARA.—Eso lo comprendemos perfectamente.

LOTTIE.—Sí, pero Harry se había separado de su mujer y los dos querían ser libres.

HELLIWELL.—Bueno, ¿y por qué se preocupan entonces? Son libres. El pastor protestante no estaba debidamente calificado para efectuar el matrimonio.

LOTTIE.—Espera un momento... Sigue, Harry.

ORMONROYD.—Ya sé que no lo estaba. Mi mujer lo descubrió. Pero lo que ella había olvidado, hasta que yo me hice con una

copia del certificado, es que en aquella época..., hace veinticinco años..., el registrador tenía que estar allí para firmar el certificado y todo eso.

PARKER.—Joe, este hombre tiene razón.

ORMONROYD.—Demasiado lo sé yo. He llevado conmigo ese certificado durante meses enteros, tratando de encontrar un fallo... Pueden verlo si quieren.

CLARA.—Entonces, después de todo, ¿estamos casados?

HELLIWELL.—Sí, naturalmente. Si el pastor no nos unió en matrimonio, el registrador sí lo hizo. Y todo es perfectamente legal.

CLARA.—¡Aaah! ¡Gracias a Dios!

MARÍA.—Míster Ormonroyd, este es el mejor trabajo que ha hecho usted jamás. Muchas gracias.

LOTTIE.—Vamos, Harry, anímate. ¿Por qué no vuelves a tomar aquel pequeño estudio fotográfico en Blackpool?

ORMONROYD.—No puedo. Me costaría alrededor de cien libras esterlinas empezar de nuevo..., y no tengo ni cien chelines... Y sé que tú tampoco los tienes.

LOTTIE.—No; pero aquí hay personas que no echarían de menos esa cantidad.

PARKER.—¡Oiga, oiga!, despacio.

ANNIE.—¿Volvemos a las tacañerías, Albert?

PARKER.—¡Jamás!..., si eso te molesta...

HELLIWELL.—Nosotros arreglaremos eso, Ormonroyd. Déjelo de mi cuenta. Por Dios vivo, que me ha quitado usted un peso de encima... ¡Uuuf!... Vamos a alegrarnos todos. *(En la puerta.)* ¿Quién nos ayudará a cantar? Ruby..., Ruby..., más bebidas. Lo que haya.

ANNIE.—Cantemos algo.

ORMONROYD.—Lottie es la persona indicada. Vamos, Lottie, canta algo.

CLARA.—Herbert Soppitt, ya ves que, después de todo, soy tu esposa.

SOPPITT.—Sí, Clara, y espero que seremos muy felices. Pero no lo seremos si no dejas ese tono. No me gusta.

CLARA.—Sí, Herbert. (SOPPITT *empieza a cantar.)*

PARKER.—Oye, Joe, tú no dirías de mí que soy aburrido y pesado, ¿verdad?

HELLIWELL.—Sí, un poco, Albert.

PARKER.—Eso me confunde. Siempre he creído que era bastante interesante. *(A* ANNIE.) De todos modos, tacaño o como quiera que sea, todavía soy tu marido.

ANNIE.—Y parece ser que tendré que esforzarme por sacar el mejor partido posible de ti.

MARÍA.—Todos tendremos que sacar el mejor partido posible unos de otros. Pero me parece que es quizá para eso para lo que estamos aquí.

HELLIWELL.—Tienes razón, querida.

PARKER.—Bueno, veremos si podemos divertinos un poco, de acuerdo con lo que me dijiste antes.

ANNIE.—¡Ah! No importa, Albert.

PARKER.—Sí importa. He dicho que nos divertiremos un poco *(Toma de la mano a su mujer y empieza a cantar. Cantan todos.)*

ORMONROYD.—*(En voz alta.)* Cada uno en su puesto. Todavía tomaremos ese grupo, ¡y al diablo el «Yorkshire Argus»! Ahora..., quietos..., quietos un momento. *(Entra* RUBY. *Brota el fogonazo y* RUBY *deja caer la bandeja. Pero todos cantan mientras cae el telón.)*

FIN DE
«CUANDO ESTAMOS CASADOS»